



LA BANCARROTA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL

V. I. Lenin



FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS

LA BANCARROTA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL

V. I. Lenin

Fundación Federico Engels

LA BANCARROTA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL
V. I. Lenin

Traducción: Grupo de Traductores de la Fundación Federico Engels

© Fundación Federico Engels
Primera edición: marzo de 2014

ISBN: 978-84-96276-95-6
Depósito Legal: M-9337-2014

Publicado y distribuido por:
Fundación Federico Engels
C/ Hermanos del Moral 33, bajo B. 28019 Madrid
Telf.: 914 283 870 • fundacion@fundacionfedericoengels.org
www.fundacionfedericoengels.org

ÍNDICE

Nota de los editores	7
LA BANCARROTA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL	9
I	11
II	20
III	27
IV	36
V	42
VI	51
VII	64
VIII	80
IX	88
EL OPORTUNISMO Y LA BANCARROTA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL	95

NOTA DE LOS EDITORES

Este libro contiene dos textos de Lenin sobre la claudicación de los dirigentes reformistas de la Segunda Internacional ante el estallido de la Primera Guerra Mundial y sobre las conclusiones políticas y las tareas prácticas que dicha claudicación implicaba.

El primero de ellos, escrito en mayo-junio de 1915 y que da título al libro, es *La bancarrota de la Segunda Internacional*.

El segundo, escrito a finales de ese mismo año, es *El oportunismo y la bancarrota de la Segunda Internacional*.

A efectos de notas aclaratorias a pie de página, puesto que la temática política de ambos textos es idéntica, los hemos considerado como uno solo. Por tanto, el segundo texto carece de toda una serie de notas que sin duda habríamos incluido de haberlo editado por separado. Las notas del autor están indicadas.

FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS
Marzo 2014

LA BANCARROTA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL

Por bancarrota de la Internacional se entiende a veces tan sólo el aspecto formal de la cuestión, la interrupción de las relaciones internacionales entre los partidos socialistas de los países beligerantes, la imposibilidad de celebrar una conferencia internacional, de reunir al Buró Socialista Internacional, etc. Este es el punto de vista de algunos socialistas de los pequeños países neutrales e incluso, probablemente, de la mayoría de los partidos oficiales de esos países, y también de los oportunistas y de sus defensores. En la prensa rusa, esta posición fue mantenida, con una franqueza digna de profundo reconocimiento, por el señor V. Kosovski, quien asume su defensa en el nº 8 de la *Hoja de Información* del Bund¹, con la particularidad de que la redacción de la *Hoja* no dice ni una palabra que muestre su disentimiento del autor. Es de esperar que la defensa del nacionalismo por Kosovski, quien llega al extremo de justificar a los socialdemócratas alemanes, que votaron a favor de los créditos de guerra, ayude a muchos

1. El Bund (Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia) formó parte del POSDR hasta el congreso de 1903, que aprobó un modelo de partido multinacional y centralizado, mientras que el Bund planteó un partido con estructura federal, del cual formaría parte como organización de los trabajadores socialdemócratas judíos. La propuesta fue rechazada y el Bund abandonó el POSDR. Coincidió en ocasiones con los mencheviques, pero nunca con los bolcheviques. En octubre de 1917, se opuso a la revolución.

obreros a convencerse definitivamente del carácter nacionalista burgués del Bund.

Para los obreros conscientes, el socialismo es una convicción profunda, y no una tapadera cómoda para ocultar tendencias conciliadoras pequeñoburguesas y de oposición nacionalista. Por bancarrota de la Internacional, estos obreros entienden la flagrante traición de la mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales a sus convicciones y a las solemnes declaraciones hechas durante los discursos pronunciados en los congresos internacionales de Stuttgart y Basilea, en las resoluciones de estos congresos, etc. Los únicos que pueden no ver esta traición son los que *no quieren verla*, aquellos a quienes no conviene verla. Para formular de manera científica esta cuestión, es decir, desde el punto de vista de las relaciones entre las clases en la sociedad moderna, debemos decir que la mayoría de los partidos socialdemócratas — con el partido alemán, el más numeroso e influyente de la Segunda Internacional, a la cabeza — se han puesto al lado de su estado mayor, de su gobierno y de su burguesía, contra el proletariado. Este acontecimiento es de importancia histórica universal y debemos analizarlo con el mayor detenimiento posible. Es un hecho reconocido desde hace tiempo que las guerras, a pesar de todos los horrores y calamidades que provocan, reportan un beneficio más o menos grande, pues descubren, denuncian y destruyen implacablemente muchos elementos podridos, caducos y muertos de las instituciones humanas. La guerra europea de 1914-15 también ha empezado a reportar beneficios indudables a la humanidad, al mostrar a la clase avanzada de los países civilizados que en sus partidos ha madurado un repugnante absceso purulento y que en ellos hay algo que despidе un insoportable olor a muerto.

I

¿Es o no un hecho que los principales partidos socialistas de Europa han traicionado todas sus convicciones y todos sus objetivos? Este es un tema del que, como es natural, no les gusta hablar ni a los propios traidores ni a quienes saben a ciencia cierta (o adivinan confusamente) que se van a ver en la necesidad de vivir en paz y amistad con ellos. Pero por muy desagradable que esto sea para diversas “figuras de prestigio” de la Segunda Internacional o para sus amigos de fracción entre los socialdemócratas rusos, debemos mirar las cosas de cara, llamarlas por su nombre y decir a los obreros la verdad.

¿Existen datos concretos que nos muestren cuál era el punto de vista que, en vísperas de la guerra actual y en previsión de la misma, sustentaban los partidos socialistas en cuanto a sus tareas y su táctica? Existen, indudablemente. Se trata de la resolución aprobada por el Congreso Socialista Internacional celebrado en 1912 en Basilea² y

2. El VII Congreso de la Segunda Internacional (1907) aprobó una resolución sobre la guerra: “En caso de que, a pesar de todo, la guerra sea desencadenada, [los obreros de los distintos países y sus representantes parlamentarios] deben (...) procurar por todos los medios aprovechar la crisis económica y política provocada por la guerra para agitar a las masas populares y acelerar el hundimiento de la dominación capitalista de clase”. El VIII Congreso (1910), además de ratificar esa resolución, aprobó otra que obligaba a los partidos socialistas a exigir a sus respectivos gobiernos que dirimiesen mediante arbitrajes los conflictos entre ellos, y exhortaba a los obreros de todos los países a orga-

que reproducimos junto a la resolución del congreso socialdemócrata alemán celebrado el mismo año en Chemnitz³, como un recordatorio de las “palabras olvidadas” del socialismo. Esta resolución, resumen de numerosísimos escritos de agitación y propaganda contra la guerra publicados en todos los países, es la exposición más exacta y completa, más solemne y formal de los puntos de vista socialistas sobre la guerra y de la táctica socialista frente a la guerra. No se puede dar otro nombre que el de traición al hecho de que ni una de las figuras prestigiosas de la Internacional de ayer y del socialchovinismo de hoy (ni Hyndman, ni Guesde, ni Kautsky ni Plejánov⁴) se decida a recordar

nizar actos de protesta contra el peligro de guerra. El estallido de la Primera Guerra Balcánica llevó a la Segunda Internacional a celebrar un congreso extraordinario en Basilea (noviembre 1912), inaugurado con una multitudinaria manifestación y un mitin internacional contra la guerra. El congreso aprobó por unanimidad un manifiesto: “En cualquier momento, los grandes pueblos europeos pueden verse lanzados los unos contra los otros, y este crimen contra la humanidad y la razón no puede justificarse con el mínimo pretexto de interés popular de ningún género (...) Los trabajadores consideran un crimen disparar los unos contra los otros en aras de las ganancias de los capitalistas, en aras de ambiciones dinásticas, en aras del cumplimiento de los tratados diplomáticos secretos”. El manifiesto exhortaba a “oponer al imperialismo capitalista la potencia de la solidaridad internacional del proletariado”. Y en caso de que la guerra mundial estallase, recomendaba luchar por la revolución socialista aprovechando la crisis económica y política que provocaría. Los dirigentes de la Segunda Internacional votaron a favor del manifiesto de Basilea, pero cuando la guerra estalló se pusieron al servicio de sus respectivas burguesías.

3. Alusión a la resolución del congreso de Chemnitz del SPD alemán sobre el imperialismo y la actitud de los socialistas ante la guerra, aprobada el 20 de septiembre de 1912. La resolución decía que las potencias imperialistas estaban siguiendo “una política descarada de saqueo y anexiones” y llamaba a “combatir enérgicamente el imperialismo”.
4. *Henry M. Hyndman* (1842-1921): Fundador de la Federación Social-Demócrata británica. || *Jules Guesde* (1845-1922): Fundador, junto con Paul Lafargue, del Partido Obrero Francés (1880). Al estallar la Primera

a sus lectores esta resolución, y, o bien la silencian por completo o bien citan (como Kautsky) los pasajes secundarios de la misma, pasando por alto todo lo sustancial. Por un lado, las resoluciones más “izquierdistas” y archirrevolucionarias; y, por otro, la abjuración o el olvido más desvergonzado de estas resoluciones: he aquí una de las manifestaciones más patentes de la bancarrota de la Internacional y, a la vez, una de las pruebas más palpables de que ahora únicamente pueden creer en la “enmienda” del socialismo y en la “rectificación de su trayectoria” con meras resoluciones las personas en quienes una ingenuidad sin precedentes corre pareja con un astuto deseo de perpetuar la vieja hipocresía.

Apenas fue ayer, podía decir, cuando Hyndman, en vísperas de la guerra, optó por la defensa del imperialismo, y todos los socialistas “decentes” lo tenían por un tipo raro que había perdido el juicio, y sólo se hablaba de él en tono despectivo. Hoy, en cambio, los líderes más destacados de la socialdemocracia de todos los países han asumido plenamente las posiciones de Hyndman, diferenciándose entre sí únicamente por el matiz y el temperamento. Y

Guerra Mundial, adoptó posturas socialchovinistas y fue ministro en un gobierno de unidad nacional. || *Karl Kautsky* (1854-1938): Tras Engels, la figura más respetada de la Segunda Internacional. En 1906 comenzó a girar hacia el reformismo; la Primera Guerra Mundial lo transformó en un completo oportunista. Lenin analizó sus ideas en el libro *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* (existe edición de la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS). || *Georgi Plejánov* (1856-1918): Maestro de Lenin y Trotsky. En 1883 fundó en Suiza el primer grupo marxista ruso (Emancipación del Trabajo). Más tarde degeneró políticamente y no sólo chocó con los bolcheviques, sino incluso con los mencheviques. Durante la Primera Guerra Mundial apoyó al gobierno zarista y en 1917 se opuso a la revolución de Octubre. A pesar de todo, Lenin siempre recomendó mucho sus primeras obras, especialmente las filosóficas.

nos encontramos en la absoluta imposibilidad de valorar y caracterizar en términos más o menos parlamentarios el valor cívico de unos hombres como, por ejemplo, los redactores de *Nashe Slovo*, cuando escriben con desdén, al referirse al “señor” Hyndman, y hablan —o callan— con todo respeto (¿o sumisión servil?) al referirse al “camarada” Kautsky. ¿Cómo es posible compaginar semejante actitud con el respeto al socialismo y, en general, con el respeto a las convicciones de uno mismo? Si uno está convencido de la falacia y la nocividad del chovinismo de Hyndman, ¿no tendrá que dirigir las críticas y los ataques contra el defensor más influyente y más peligroso de tales opiniones, contra Kautsky?

Quien ha expuesto tal vez con más detalle en estos últimos tiempos los puntos de vista de Guesde ha sido el guesdista Charles Dumas en su folleto *La paz que deseamos*. Este “jefe del gabinete de Jules Guesde” —así firma en la portada— “cita”, naturalmente, las viejas declaraciones de los socialistas hechas en tonos patrióticos (como asimismo las cita en su último folleto sobre la defensa de la patria el socialchovinista alemán David⁵), ¡pero no cita el manifiesto de Basilea! Plejánov, que con un aire de extraordinaria suficiencia nos ofrece trivialidades chovinistas, también silencia este manifiesto. Kautsky se parece a Plejánov: al citar el manifiesto de Basilea, omite todos sus pasajes revolucionarios (es decir, ¡todo su contenido esencial!), probablemente con el pretexto de la censura... ¡La policía y las autoridades militares, con su censura, que prohíbe hablar de la lucha de clases y de la revolución, han acudido “oportunamente” en ayuda de los traidores al socialismo!

5. Alusión al folleto de Eduard David, dirigente reformista del SPD alemán, *La socialdemocracia y la defensa de la patria*, Berlín, 1915.

Pero, ¿no será el manifiesto de Basilea un llamamiento insustancial, sin ningún contenido preciso, ni histórico ni táctico, relacionado directamente con la guerra concreta de hoy?

Todo lo contrario. En la resolución de Basilea encontramos menos fraseología hueca y más contenido concreto que en otras resoluciones. La resolución de Basilea habla *precisamente* de esta misma guerra que ha estallado ahora, se refiere precisamente a los mismos conflictos *imperialistas* que se han desencadenado en 1914-15. Los conflictos entre Austria y Serbia a causa de los Balcanes, entre Austria e Italia a causa de Albania, etc., entre Gran Bretaña y Alemania a causa de los mercados y de las colonias en general, entre Rusia y Turquía, etc., a causa de Armenia y Constantinopla; de esto habla la resolución de Basilea, al prever ni más ni menos que la guerra actual. ¡Es precisamente a la guerra de hoy entre “las grandes potencias de Europa” a lo que se refiere la resolución de Basilea cuando dice que esa guerra “*en modo alguno puede justificarse con ningún pretexto de interés popular*”!

Y si ahora Plejánov y Kautsky — tomamos a los dos socialistas de prestigio más típicos y que tenemos más a mano, pues uno escribe en ruso y el otro es traducido al ruso por los liquidadores — andan a la busca (auxiliados por Axelrod⁶) de diversos “justificantes populares” (o, mejor dicho, populacheros, tomados de la prensa sensacionalista burguesa) para la guerra; si se remiten, con aire docto y con un buen acopio de citas falsas atribuidas a Marx, a los “ejemplos” de las guerras de 1813 y 1870 (Plejánov) o a las de 1854-71, 1876-77 y 1897 (Kautsky), sólo

6. Pável Axelrod (1850-1928): Cofundador en 1883 del grupo Emancipación del Trabajo. Menchevique desde 1903. Calificó la revolución de Octubre como “un crimen político sin parangón en la historia moderna”.

personas que, en verdad, no tienen ni sombra de convicciones socialistas ni asomo de conciencia socialista pueden tomar “en serio” semejantes argumentos y darles otros nombres que *no* sean los de jesuitismo inaudito, hipocresía y prostitución del socialismo. Dejemos que la ejecutiva (*Vorstand*) del partido alemán lance anatemas contra la nueva revista de Mehring y Rosa Luxemburgo (*Die Internationale*⁷) por haber calificado a Kautsky como se merece; dejemos que Vandervelde, Plejánov, Hyndman y compañía, ayudados por la policía de la Triple Entente⁸, traten de igual manera a sus adversarios. Para contestarles nos limitaremos a transcribir el manifiesto de Basilea,

7. *Die Internationale* (La Internacional): Revista marxista fundada por Luxemburgo y Mehring. El primer número salió en 1915. || *Franz Mehring* (1846-1919): Militante del SPD alemán desde 1891. Cofundador, junto con Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, de la Liga Espartaco y del KPD. || *Rosa Luxemburgo* (1870 o 1871-1919): Principal dirigente del comunismo alemán, jugó un rol de primera línea en el movimiento obrero antes de la Primera Guerra Mundial. Nacida en Polonia, a los 18 años tuvo que emigrar a Suiza a causa de sus actividades políticas. En 1897 comenzó a participar en el movimiento socialista alemán. Desde 1910 encabezó el ala marxista de la socialdemocracia alemana. Internacionalista durante la Primera Guerra Mundial, fue encarcelada en febrero de 1915. Desde la prisión colaboró en la publicación de las “cartas de Espartaco”. Puesta en libertad tras la revolución alemana de noviembre de 1918, fundó el KPD junto con Karl Liebknecht y dirigió su órgano central, *Die Rote Fahne* (La Bandera Roja). Tras la derrota de la insurrección de Berlín de enero de 1919, ella y Liebknecht fueron arrestados y asesinados el día 15 por orden del gobierno socialdemócrata.

8. Bloque imperialista formado por Gran Bretaña, Francia y Rusia fraguado en 1907 como contrapeso a la Triple Alianza imperialista de Alemania, Austria-Hungría e Italia. La Entente vino precedida por la alianza franco-rusa de 1891-93 y por el convenio anglo-francés de 1904. La firma del tratado anglo-ruso de 1907 culminó la formación de la Entente. Durante la Primera Guerra Mundial se sumaron EEUU, Japón, Italia y otros países.

que denuncia este giro de los líderes, al que no se puede dar otro nombre que el de traición.

La resolución de Basilea no habla de la guerra nacional ni de la guerra popular, de las que ha habido ejemplos en Europa y que incluso han sido típicas del período 1789-71, ni de la guerra revolucionaria — a la que nunca han renunciado los socialdemócratas —, sino de la guerra *actual*, desplegada en el terreno del “imperialismo capitalista” y de los “intereses dinásticos”, en el terreno de la “política de conquistas” de *ambos* grupos de potencias beligerantes, tanto del austro-alemán como del anglo-franco-ruso. Plejánov, Kautsky y compañía lisa y llanamente engañan a los obreros cuando repiten las mentiras interesadas de la burguesía de todos los países, la cual hace denodados esfuerzos por presentar esta guerra imperialista, colonial y expoliadora como una guerra popular y defensiva (sea para quien sea), y cuando, para justificarla, buscan ejemplos históricos de guerras no imperialistas.

El carácter imperialista, expoliador y antiproletario de esta guerra ha dejado de ser desde hace tiempo una cuestión puramente teórica. El imperialismo ha sido valorado ya teóricamente en todos sus rasgos principales como la lucha de la burguesía, agonizante, decrepita y podrida, por el reparto del mundo y la dominación de las naciones “pequeñas”; miles de veces se han repetido estos argumentos en las innumerables publicaciones periódicas de los socialistas de *todos* los países; el francés Delaisi, por ejemplo, representante de una nación “aliada” con respecto a nosotros, explicó de una manera popular, en su folleto *La guerra que se avecina* (¡de 1911!), el carácter expoliador de la actual guerra en lo que respecta también a la burguesía francesa. Pero esto no es todo. Los representantes de los partidos proletarios de todos los países expresaron en Basilea, de un modo unánime y formal, su convicción

inquebrantable de que la guerra que iba a estallar tendría precisamente un carácter imperialista, y de esto extrajeron deducciones *tácticas*. Por esta razón, entre otras, deben ser rechazadas en el acto, como sofismas⁹, todas las alusiones a que las diferencias entre la táctica nacional e internacional han sido insuficientemente estudiadas (véase la última entrevista a Axelrod en los n^o 87 y 90 de *Nashe Slovo*), etc., etc. Esto es un sofisma, pues una cosa es el estudio científico de todos los aspectos del imperialismo — estudio que sólo está comenzando y que, por su naturaleza, no tiene fin, como no lo tiene la ciencia en general — y otra cosa son los fundamentos de la táctica socialista contra el imperialismo capitalista, fundamentos que han sido expuestos en millones de ejemplares de periódicos socialdemócratas y en la resolución de la Internacional. Los partidos socialistas no son clubes de debates, sino organizaciones del proletariado en lucha, y cuando varios batallones se pasan al enemigo se les debe llamar traidores, sin “dejarse llevar” por discursos hipócritas acerca de que “no todos” comprenden “de igual manera” el imperialismo, de que, por ejemplo, el chovinista Kautsky y el chovinista Cunow¹⁰ son capaces de escribir tomos enteros sobre esto, de que el problema “no ha sido suficientemente debatido”, etc., etc. El capitalismo *nunca* será estudiado *exhaustivamente* en *todas* las manifestaciones de su naturaleza expoliadora y en todas las minúsculas ramificaciones de su desarrollo histórico y de sus particularidades nacionales. Los investigadores (sobre todo los pedantes) nunca dejarán de disputar sobre los detalles. Sería ridículo abandonar, por este motivo, la lucha socialista contra el capitalismo y dejar de

9. Un sofisma es un argumento aparente utilizado para defender una falsedad. El recurso a los sofismas recibe el nombre de sofistería.

10. Heinrich Cunow (1862-1936): Dirigente del SPD alemán.

oponerse a quienes han traicionado esta lucha. Pero, ¿qué otra cosa nos proponen Kautsky, Cunow, Axelrod y consortes?

Ahora, cuando la guerra ya ha empezado, ¡nadie ha intentado siquiera analizar la resolución de Basilea y demostrar que es errónea!

II

¿Tal vez los socialistas sinceros abogaban por la resolución de Basilea suponiendo que la guerra iba a crear una situación revolucionaria, pero los acontecimientos frustraron esas esperanzas y la revolución resultó imposible?

Precisamente con este sofisma trata Cunow de justificar (en el folleto *¿Bancarrota del partido?* y en varios artículos) su paso al campo de la burguesía. Esos mismos “argumentos”, en forma de alusiones, nos los ofrecen casi todos los socialchovinistas, con Kautsky a la cabeza. Las esperanzas puestas en la revolución han resultado ilusorias, y los marxistas no se dedican a defender ilusiones. Así razona Cunow, con la particularidad de que este *struvista*¹¹ no dice ni una palabra de las “ilusiones” de todos cuantos firmaron el manifiesto de Basilea, pero, como hombre de acrisolada nobleza, ¡trata de echar el muerto a los de la extrema izquierda, a gente como Pannekoek y Rádek¹²!

-
11. *Struvismo*: Corriente revisionista del marxismo ruso de finales del siglo XIX encabezada por Piotr Struve. Rechazaba la dialéctica y despojaba al marxismo de su componente transformador, reduciéndolo a un método de análisis sociohistórico. Struve acabó convertido, primero, en liberal y, después, en un abierto reaccionario que tras la revolución de Octubre apoyó a los blancos. La difusión del struvismo en periódicos y revistas legales hizo que también se le conozca como “marxismo legal”.
 12. *Anton Pannekoek* (1873-1960): Marxista holandés, miembro del ala izquierda del SPD; más tarde, como dirigente comunista en Holanda, mantuvo posturas ultraizquierdistas. || *Karl Rádek* (1885-1939): Dirigente comunista alemán, participó en la dirección del Partido Bolchevique y ocupó cargos de responsabilidad en la Tercera Internacional.

Examinemos la esencia del argumento según el cual los autores del manifiesto de Basilea esperaban sinceramente la revolución, pero se vieron desmentidos por los acontecimientos. El manifiesto de Basilea dice: 1) que la guerra provocará una crisis económica y política; 2) que los obreros considerarán un crimen participar en la guerra; que será un crimen “ponerse a disparar unos contra otros en aras de las ganancias de los capitalistas, de ambiciones dinásticas o del cumplimiento de los tratados diplomáticos secretos”; que la guerra despertará en los obreros “cólera e indignación”; 3) que esa crisis y ese estado de ánimo de los obreros debe ser aprovechado por los socialistas para “agitar al pueblo y acelerar el hundimiento del capitalismo”; 4) que los gobiernos – todos sin excepción – no pueden desencadenar la guerra “sin correr un grave peligro”; 5) que los gobiernos “temen la revolución proletaria”; 6) que los gobiernos “deben tener presente” la Comuna de París (es decir, la guerra civil), la revolución de 1905 en Rusia, etc. Todas estas son ideas perfectamente claras, en las que no figura la *garantía* de que la revolución vendrá; en lo que hacen hincapié estas ideas es en la característica exacta de los *hechos* y de las *tendencias*. Quien diga, a propósito de estas ideas y razonamientos, que la revolución esperada ha resultado ser una ilusión, demuestra que adopta ante la revolución una actitud que no es marxista, sino struvista, policiaca, abjuracionista.

A un marxista no le cabe duda de que la revolución es imposible sin una situación revolucionaria; además, no toda situación revolucionaria desemboca en una revolución. ¿Cuáles son, en términos generales, los síntomas de una situación revolucionaria? Seguramente no incurrimos en error

Miembro, durante un tiempo, de la Oposición de Izquierdas, capituló ante Stalin, lo que no le libró de ser condenado a diez años en el segundo proceso de Moscú. Murió en prisión.

si señalamos estos tres síntomas principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis en las "alturas", una crisis en la política de la clase dominante, abre una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que "los de abajo no quieran", sino que hace falta, además, que "los de arriba no puedan" seguir viviendo como hasta entonces. 2) Un agravamiento, fuera de lo común, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de "paz" se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis *como por los "de arriba"*, a una acción histórica independiente.

Sin estos cambios objetivos, independientes no sólo de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria. Esta situación se dio en 1905 en Rusia y en todas las épocas revolucionarias en Occidente; pero también existió en la década de los años 60 del siglo pasado en Alemania, en 1859-61 y en 1879-80 en Rusia, a pesar de lo cual no hubo revolución en esos casos. ¿Por qué? Porque no toda situación revolucionaria origina una revolución, sino tan sólo la situación en que, a los cambios objetivos arriba enumerados, se les suma un cambio subjetivo, a saber: la capacidad de la *clase* revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo suficiente *fuertes* para romper (o quebrantar) el viejo gobierno, que nunca, ni siquiera en las épocas de crisis, "caerá" si no se le "hace caer".

Tales son los puntos de vista marxistas sobre la revolución, infinidad de veces desarrollados y reconocidos como

indiscutibles por todos los marxistas, y que para nosotros, los rusos, se vieron clarísimamente confirmados en la experiencia de 1905. ¿Qué presuponía en este sentido el manifiesto de Basilea de 1912 y qué ocurrió en 1914-15?

Presuponía una situación revolucionaria, concisamente descrita con la expresión de “crisis económica y política”. ¿Se produjo esta situación? Sin duda. El socialchovinista Lensch (que defiende el chovinismo de una manera más abierta, franca y honesta que los hipócritas Cunow, Kautsky, Plejánov y Cía.) llegó a decir que “lo que estamos viviendo es una *revolución peculiar*” (p. 6 de su folleto *La socialdemocracia alemana y la guerra*, Berlín, 1915). Nos hallamos en presencia de una crisis política; ni un solo gobierno tiene seguridad en el día de mañana, ni uno solo está libre del peligro de una bancarrota financiera, de perder territorio, de ser expulsado de su país (como fue expulsado el gobierno belga). Todos los gobiernos están viviendo sobre un volcán; ellos mismos apelan a la iniciativa y al heroísmo de las masas. Todo el régimen político de Europa tiembla, y seguramente nadie negará que hemos entrado (y que entramos más a fondo cada vez; escribo estas líneas el día en que Italia declaró la guerra) en un período de gigantescas conmociones políticas. A los dos meses de estallar la guerra, Kautsky escribió en *Die Neue Zeit*¹³ (2/10/1914) que “jamás un gobierno es tan fuerte, ni los partidos tan débiles, como al comienzo de una guerra”. Estas palabras constituyen un ejemplo más de cómo Kautsky falsifica la ciencia histórica para agradar a los Südekum¹⁴ y demás

13. Revista teórica del SPD alemán, editada en Stuttgart de 1883 a 1923. Kautsky fue su director hasta octubre de 1917.

14 Albert Südekum (1871-1944): Dirigente del ala derecha del SPD alemán. Su apellido se hizo sinónimo de oportunismo y socialchovinismo carentes de todo escrúpulo.

oportunistas. Jamás un gobierno necesita tanto el acuerdo entre todos los partidos de las clases dominantes y la sumisión “pacífica” de las clases oprimidas a esta dominación como en tiempo de guerra. Esto en primer lugar; y en segundo, dado que al comenzar una guerra, especialmente en el país que espera lograr una rápida victoria, el gobierno *parece* omnipotente, nadie, nunca ni en ninguna parte del mundo, ha vinculado sus esperanzas de una situación revolucionaria exclusivamente al “comienzo” de la guerra, *ni* mucho menos ha identificado lo “aparente” con lo *real*.

Todo el mundo sabía, veía y reconocía que esta guerra europea iba a ser más dura que todas las precedentes. La experiencia lo confirma más y más: la guerra se extiende. Los cimientos políticos de Europa se estremecen cada vez más. Las masas sufren terriblemente y los esfuerzos de los gobiernos, la burguesía y los oportunistas por silenciar estos sufrimientos van de fracaso en fracaso. La guerra proporciona a ciertos grupos de capitalistas beneficios inauditos, escandalosos. La agudización de las contradicciones es enorme. La sorda indignación de las masas, la aspiración confusa de las capas oprimidas y atrasadas a una buena paz (“democrática”), la protesta que comienza entre “los de abajo”..., todos estos son hechos indiscutibles. Y cuanto más dura es y más se agrava la guerra, más fomentan los gobiernos la actividad de las masas, exhortándolas al sacrificio y a poner en extraordinaria tensión sus fuerzas. La experiencia de la guerra, al igual que la experiencia de toda crisis de la historia, de toda gran calamidad y de todo giro en la vida humana, embrutece a unos y quebranta su voluntad, *pero ilustra y temple a otros*. En la historia del mundo, el número y la fuerza de los segundos, a excepción de casos aislados de decadencia y ruina de tal o cual estado, son en general superiores al número y la fuerza de los primeros.

Lejos de suprimir “de golpe” todos estos sufrimientos y toda esta agudización de las contradicciones, la llegada de la paz hará que, en muchos aspectos, estos sufrimientos sean más profundos y más evidentes para las masas atrasadas de la población.

En pocas palabras, la situación revolucionaria es un hecho en la mayoría de los países avanzados y de las grandes potencias europeas. En este sentido, las previsiones del manifiesto de Basilea se han visto *plenamente* confirmadas. Negar directa o indirectamente esta verdad o silenciarla, como hacen Cunow, Plejánov, Kautsky y Cía., es atentar gravemente contra la verdad, engañar a la clase obrera y servir a la burguesía. En el *Sotsial-Demokrat*¹⁵ (nº 34, 40 y 41) citamos hechos que demuestran que aquellos que temen la revolución (curas pequeñoburgueses cristianos, los estados mayores militares y los periódicos de los millonarios) se ven obligados a reconocer la existencia de síntomas de una situación revolucionaria en Europa.

¿Durará mucho esta situación? ¿Hasta qué extremos se agravará? ¿Desembocará en una revolución? No lo sabemos, ni nadie puede saberlo. La respuesta sólo nos la dará la *experiencia* del desarrollo del estado de ánimo revolucionario de la clase avanzada, del proletariado, y de su paso a las acciones revolucionarias. Aquí no cabe hablar de “ilusiones” en general ni de su refutación, pues ningún socialista, nunca ni en parte alguna, ha garantizado que

15. *Sotsial-Demokrat* (El Socialdemócrata): Órgano central del POSDR, editado clandestinamente entre febrero de 1908 y enero de 1917, el primer número en el interior de Rusia y sucesivamente en París y Ginebra. Tras el acuerdo de reunificación entre bolcheviques y mencheviques en enero de 1910, que incluyó la desaparición de los órganos bolchevique (*Proletari*) y menchevique, su comité de redacción estuvo integrado por representantes de ambas corrientes; los mencheviques lo abandonaron en 1912. Lenin lo dirigió desde diciembre de 1911.

hayan de ser precisamente la guerra actual (y no la siguiente) y la situación revolucionaria actual (y no la de mañana) las que originen la revolución. De lo que se trata aquí es del deber más indiscutible y más esencial de todos los socialistas: el de revelar a las masas la existencia de una situación revolucionaria, explicar su amplitud y profundidad, despertar la conciencia y la decisión revolucionarias del proletariado, ayudarle a pasar a las acciones revolucionarias y a crear organizaciones que correspondan a la situación revolucionaria y sirvan para trabajar en ese sentido.

Ni un solo socialista influyente y responsable se ha atrevido jamás a poner en duda que ese es precisamente el deber de los partidos socialistas. Por eso el manifiesto de Basilea, que no ha difundido ni alimentado la menor "ilusión", al referirse precisamente a este deber de los socialistas, dice: agitar, "sacudir" al pueblo (y no adormecerlo con el chovinismo, como hacen Plejánov, Axelrod, Kautsky), "aprovechar" la crisis para "acelerar" la bancarrota del capitalismo, inspirarse en los *ejemplos* de la Comuna y de octubre-diciembre de 1905¹⁶. El incumplimiento de este deber por los actuales partidos es lo que constituye precisamente su traición, su muerte política, el abandono del papel que les incumbe, su paso al lado de la burguesía.

16. Alusión a la huelga de octubre en toda Rusia y a la insurrección armada de diciembre de 1905 en Moscú durante la primera revolución rusa.

III

Pero, ¿cómo *ha podido* ocurrir que los representantes y los líderes más destacados de la Segunda Internacional hayan traicionado al socialismo? Más adelante analizaremos con detenimiento esta cuestión, tras examinar primero los intentos de justificar “teóricamente” esta traición. Procuremos caracterizar las teorías principales del socialchovinismo, representantes de las cuales podemos considerar a Plejánov (quien repite, sobre todo, los argumentos de los chovinistas anglo-franceses, de Hyndman y de sus nuevos partidarios) y a Kautsky (quien recurre a argumentos mucho más “sutiles” que aparentan una solidez teórica incomparablemente mayor).

Tal vez la más primitiva de todas sea la teoría de “quién empezó”. Hemos sido atacados y nos defendemos; los intereses del proletariado exigen que se rechace a los perturbadores de la paz europea. Es una repetición de las declaraciones de todos los gobiernos y de las declamaciones de la prensa burguesa y amarilla de todo el mundo... Plejánov incluso adorna esta vulgaridad tan manoseada con las jesuíticas apelaciones a la “dialéctica” que nunca le faltan a este autor: para tener en cuenta la situación concreta, dice, es preciso, ante todo, hallar al que empezó y castigarlo con severidad, aplazando para otra situación las demás cuestiones (véase el folleto de Plejánov *Sobre la guerra*, París, 1914 y la repetición de sus razonamientos por Axelrod en *Golos*, nº 86 y 87). Plejánov ha batido el récord en el noble arte de sustituir la dialéctica por la sofistería.

El sofista toma uno de los “argumentos” por separado; pero ya Hegel decía, con toda razón, que se pueden encontrar “argumentos” para absolutamente todo. La dialéctica exige un análisis completo del fenómeno social concreto en su desarrollo y que lo exterior y aparente sea reducido a las fuerzas motrices esenciales, al desarrollo de las fuerzas productivas y a la lucha de clases. Plejánov saca una cita de la prensa socialdemócrata alemana: los propios alemanes — dice — reconocían antes de la guerra que Austria y Alemania eran las promotoras, y con eso basta. Plejánov calla el hecho de que los socialistas rusos habían denunciado en muchas ocasiones los planes de conquista del zarismo con respecto a Galicia¹⁷, Armenia, etc.

Plejánov no hace el menor intento de referirse a la historia económica y diplomática, aunque sólo sea a la de estos tres últimos decenios; esa historia demuestra de modo irrefutable que la anexión de colonias, la expoliación de tierras ajenas, el desalojamiento y la ruina del competidor más afortunado han constituido precisamente el eje principal de la política seguida por los *dos* grupos de potencias que hoy están en guerra.¹⁸

17. Se trata de la Galicia polaca.

18. Es muy instructivo el libro *La guerra del acero y del oro* (Londres, 1914; el libro lleva la fecha de marzo de 1914!) del pacifista inglés Brailsford, quien no tiene inconveniente en hacerse el socialista. El autor comprende perfectamente que, en términos generales, los problemas nacionales han quedado atrás, han sido resueltos ya (p. 35), que ahora no se trata de eso, que “la cuestión típica de la diplomacia moderna” (p. 36) es el ferrocarril de Bagdad, el suministro de rieles para el mismo, las minas de Marruecos, etc. El autor considera justamente que uno de “los incidentes más instructivos de la historia reciente de la diplomacia europea” es la lucha de los patriotas franceses y de los imperialistas británicos contra los intentos de Caillaux (en 1911 y en 1913) por reconciliarse con Alemania mediante un acuerdo para el reparto de las esferas de influencia colonial y la cotización de los valores alemanes en

Aplicada a las guerras, la tesis fundamental de la dialéctica, tergiversada con tanto descaro por Plejánov para complacer a la burguesía, dice que “*la guerra es una simple*

la Bolsa de París. La burguesía británica y francesa frustró ese acuerdo (pp. 38-40). El objetivo del imperialismo es la exportación de capitales a los países más débiles (p. 74). Los beneficios proporcionados por esos capitales en Gran Bretaña fueron de 90 a 100 millones de libras esterlinas en 1899 (Giffen) y de 140 millones en 1909 (Paish); añadamos por nuestra cuenta que, en un discurso recién pronunciado, Lloyd George estimó esos beneficios en 200 millones de libras esterlinas, o sea, casi 2.000 millones de rublos. Manejos sucios y soborno de la aristocracia turca, puestos lucrativos para los niños de papá en la India y Egipto: he aquí el quid (pp. 85-87). Una minoría insignificante sale ganando con las armas y las guerras, pero está respaldada por la sociedad y por los financieros, mientras que los partidarios de la paz sólo tienen detrás a la población dividida (p. 93). El pacifista que habla hoy de paz y de desarme se convierte mañana en miembro de un partido que depende por entero de los proveedores de armas (p. 161). Si la Triple Entente resulta ser más fuerte, se apoderará de Marruecos y se repartirá Persia; si resulta más fuerte la Triple Alianza, se adueñará de Trípoli, fortalecerá sus posiciones en Bosnia y sojuzgará a Turquía (p. 167). En marzo de 1906, Londres y París proporcionaron miles de millones a Rusia para ayudar al zarismo a aplastar el movimiento de liberación (pp. 225-228); Inglaterra ayuda ahora a Rusia a estrangular Persia (p. 229). Rusia ha encendido la guerra de los Balcanes (p. 230).

Nada de esto es nuevo, ¿verdad? Todo es archisabido, y los periódicos socialdemócratas del mundo entero lo han repetido mil veces. En vísperas de la guerra, un burgués británico lo ve más claro que el agua. Pero ante estos hechos simples y comúnmente conocidos, ¡cuánto absurdo indecoroso, cuánta hipocresía insoportable, cuánta mentira empalagosa encierran las teorías de Plejánov y Potréssov acerca de la culpabilidad de Alemania, o la teoría de Kautsky sobre las “perspectivas” del desarme y de una paz duradera bajo el capitalismo! (N. del A.) [*Triple Alianza*: Bloque imperialista de Alemania, Austria-Hungría e Italia formado entre 1879 y 1882. Estaba dirigido principalmente contra Rusia y Francia. Italia entró en la Triple Alianza haciendo la salvedad de que cumpliría los compromisos contraídos con Gran Bretaña, de la que dependía financieramente, si esta no se encontraba entre los enemigos de la alianza. Al comenzar la Primera Guerra Mundial, Italia se declaró neutral; en mayo de 1915 se unió a la Entente, entró en guerra con sus ex aliados y la Triple Alianza dejó de existir. N. de la Ed.]

continuación de la política por otros medios” (precisamente los violentos). Esta es la formulación de Clausewitz¹⁹, uno de los grandes autores de historia militar, cuyas ideas fueron fecundadas por Hegel. Y ese ha sido siempre el punto de vista de Marx y Engels, que consideraban *toda* guerra una *continuación* de la política de las potencias implicadas – y de las *distintas clases* dentro de cada una de ellas – en un momento dado.

El burdo chovinismo de Plejánov adopta exactamente la misma posición teórica que el chovinismo más sutil, conciliador y empalagoso de Kautsky, cuando este santifica el paso de los socialistas de todos los países al lado de “sus” capitalistas con el siguiente razonamiento:

Todos tienen el derecho y la obligación de defender su patria; el verdadero internacionalismo consiste en reconocer este derecho a los socialistas de todas las naciones, incluidas las que se encuentran en guerra con la mía... (Véase *Die Neue Zeit* del 2 de octubre de 1914 y otros escritos del mismo autor).

Este razonamiento sin par es una burla tan infinitamente vil contra el socialismo, que la mejor respuesta sería encargar una medalla con las efigies de Guillermo II y Nicolás I en el anverso y las de Plejánov y Kautsky en el reverso. El verdadero internacionalismo, vean ustedes, consiste en justificar que los obreros franceses desaparezcan contra

19. Karl von Clausewitz: *De la guerra*, Obras, tomo I, p. 28, t. III, pp. 139-140: “Todos saben que las guerras son provocadas únicamente por las relaciones políticas entre los gobiernos y los pueblos; pero, por lo común, se considera que, al estallar la guerra, estas relaciones cesan, dando paso a una situación completamente distinta, sometida exclusivamente a sus propias leyes. Nosotros afirmamos lo contrario: la guerra no es más que la continuación de las relaciones políticas por otros medios”. (N. del A.)

los obreros alemanes y que los alemanes disparesen contra los franceses, ¡en aras de la “defensa de la patria”!

Examinando de cerca las premisas teóricas del razonamiento de Kautsky, obtendremos precisamente el punto de vista que fue ridiculizado por Clausewitz hace cerca de ochenta años: al estallar la guerra, cesan entre los pueblos y las clases las relaciones políticas que la historia ha ido forjando y se crea una situación completamente distinta. ¡Sólo hay, “simplemente”, agresores y agredidos, “simplemente” se rechaza a los “enemigos de la patria”! La opresión de toda una serie de naciones, que representan más de la mitad de la población del globo, por los pueblos de las grandes potencias imperialistas; la competencia entre la burguesía de estos países por el reparto del botín; el afán del capital por dividir y aplastar el movimiento obrero, todo esto desapareció repentinamente del campo visual de Plejánov y de Kautsky, a pesar de que ambos estuvieron describiendo esa misma “política” decenios enteros antes de la guerra.

Las falsas apelaciones a Marx y Engels constituyen aquí el argumento “clave” de los dos cabecillas del socialchovinismo: Plejánov recuerda la guerra nacional de Prusia en 1813 y la de Alemania en 1870; Kautsky trata de demostrar, con aire archidoctoral, que Marx planteaba la cuestión de qué bando, es decir, qué burguesía, era preferible que triunfase en las guerras de 1854-55, 1859, y 1870-71, y que los marxistas hicieron lo mismo en las guerras de 1876-77 y 1897. Es el procedimiento utilizado por todos los sofistas de todos los tiempos: tomar ejemplos que corresponden a ciencia cierta a situaciones completamente distintas. Las guerras anteriores que se nos ponen como ejemplo representaban la “continuación de la política” de unos movimientos nacionales de la burguesía que habían durado muchos años e iban dirigidos contra

el yugo extranjero y contra el absolutismo (turco y ruso). En aquel entonces, la única cuestión era qué burguesía era preferible que triunfase. Para guerras de este tipo, los marxistas podían *despertar de antemano* a los pueblos *atizando* el odio nacional, como hizo Marx en 1848 y más tarde, cuando llamó a la guerra contra Rusia, y como hizo Engels en 1859 al atizar el odio nacional de los alemanes contra sus opresores, Napoleón III y el zarismo ruso²⁰.

Comparar la “continuación de la política” de lucha contra el feudalismo y el absolutismo, de la política de la burguesía que se está emancipando, con la “continuación de la política” de una burguesía decrepita, *es decir*, imperialista, *es decir*, de una burguesía reaccionaria y que ha desvalijado a todo el mundo, de una burguesía que, aliada al feudalismo, oprime al proletariado, equivale a comparar la noche y el día. Es como si comparásemos a unos

20. A propósito, Gardenin califica en el *Zhizn* de “chovinismo revolucionario” —pero, a pesar de todo, chovinismo— la postura de Marx en 1848 a favor de una guerra revolucionaria contra los pueblos de Europa que, de hecho, se habían mostrado contrarrevolucionarios, a saber: “los eslavos y, sobre todo, los rusos”. Este reproche dirigido contra Marx tan sólo demuestra una vez más el oportunismo (y la absoluta falta de seriedad) de este eserista “de izquierda”. Nosotros, los marxistas, siempre hemos estado y estamos por la guerra *revolucionaria* contra los pueblos *contrarrevolucionarios*. Por ejemplo: si el socialismo *triumfase* en América o en Europa en 1920, y Japón y China, supongamos, lanzaran *entonces* contra nosotros (aunque al principio sólo fuese en el terreno diplomático) a sus Bismarck, nosotros nos pronunciaríamos *por* la guerra ofensiva revolucionaria contra ellos. ¿Le extraña, señor Gardenin? ¡Es que usted es un revolucionario del tipo de Ropshin! (N. del A.) [*Ropshin*: Seudónimo del eserista B. Savinkov. || *Eseristas*: Miembros del Partido Social-Revolucionario ruso, llamados así por su acrónimo (SR). Surgido de la unificación de diferentes grupos *narodnikis* (populistas) en 1902, era un partido pequeñoburgués cuyas concepciones eran una amalgama ecléctica de reformismo y anarquismo. N. de la Ed.]

“representantes de la burguesía” como Robespierre, Garibaldi o Zheliábov²¹ con unos “representantes de la burguesía” como Millerand, Salandra o Guchkov²². No se puede ser marxista sin sentir el más profundo respeto por los grandes revolucionarios burgueses a quienes la historia confirió el derecho de hablar en nombre de las “patrias” burguesas, que en la lucha contra el feudalismo elevaron a una vida civilizada a decenas de millones de personas de las nuevas naciones. Tampoco se puede ser marxista sin sentir desprecio por la sofistería de Plejánov y Kautsky, que hablan de “defensa de la patria” cuando los imperialistas alemanes estrangulan Bélgica o cuando los imperialistas británicos, franceses, rusos e italianos se confabulan para desvalijar Austria y Turquía.

Otra teoría “marxista” del socialchovinismo: el socialismo se basa en el rápido desarrollo del capitalismo; el triunfo de mi país acelerará el desarrollo del capitalismo en él y, por consiguiente, el advenimiento del socialismo; la derrota de mi país frenará su desarrollo económico y, por

-
21. *Maximilien de Robespierre* (1758-1794): Uno de los principales protagonistas de la revolución francesa de 1789. Dirigió a los jacobinos e implantó el Terror. Fue guillotinado en el mes de termidor, al día siguiente de un golpe de Estado que marcó el inicio de un período reaccionario. || *Giuseppe Garibaldi* (1807-1882): Dirigente político-militar de la lucha por la unificación nacional italiana. || *Andrei I. Zheliábov* (1851-1881): Dirigente de *Naródnaya Volia* y uno de los organizadores del asesinato del zar Alejandro II, tras el cual fue ejecutado.
22. *Alexandre Millerand* (1859-1943): Dirigente socialista francés, el primero en formar parte de un gobierno burgués en 1899. Fue expulsado del partido en 1904, por derechista. Dio lugar al término “millerandismo”, “ministerialismo” o “socialismo ministerial”, táctica oportunista de participación de los socialistas en gobiernos reaccionarios. || *Antonio Salandra* (1853-1931): Político conservador italiano. Primer ministro entre 1914 y 1916. || *Alexander Guchkov* (1862-1936): Gran capitalista ruso. Ministro de la Guerra en el Gobierno Provisional. Financió a los blancos durante la guerra civil que siguió a la revolución de Octubre.

consiguiente, el advenimiento del socialismo. Esta teoría struvista es sustentada en nuestro país por Plejánov y entre los alemanes, por Lensch y demás. Kautsky polemiza con esta teoría vulgar, con Lensch, que la defiende abiertamente, y con Cunow, que la defiende subrepticamente; pero la polémica de Kautsky sólo tiene por objeto lograr la reconciliación de los socialchovinistas de todos los países mediante una teoría chovinista más sutil y más jesuítica.

No tenemos por qué dedicar mucho tiempo al análisis de esta teoría vulgar. Las *Notas críticas* de Struve se publicaron en 1894, y en estos 20 años los socialdemócratas rusos han llegado a conocer a fondo esta "modalidad", de los burgueses rusos instruidos, de pasar de contrabando sus ideas y aspiraciones con la etiqueta de "marxismo", de un marxismo *depurado* de contenido revolucionario. Como demuestran con particular evidencia los últimos acontecimientos, el *struismo* no es sólo una tendencia rusa, es también una tendencia internacional de los teóricos de la burguesía, que tratan de matar el marxismo "con dulzura", de ahogarlo a fuerza de abrazos, con un pseudorreconocimiento de "todos" los aspectos y elementos "verdaderamente científicos" del marxismo, a excepción de sus elementos de "agitación", "demagogia" y "utopía blanquista²³". En otras palabras: toman del marxismo todo lo que es aceptable para la burguesía liberal, incluyendo la lucha por reformas, la lucha de clases (menos la dictadura del proletariado), el reconocimiento "general" de los "ideales socialistas"

23. Blanquismo: Concepciones teóricas de Louis Auguste Blanqui (1805-1881), comunista utópico francés participante en la revolución de 1848 y dirigente de la Comuna de París. Los blanquistas despreciaban la situación objetiva y sustituían la labor del partido revolucionario por las acciones vanguardistas de un reducido grupo secreto de conspiradores desconectados de las masas porque creían que estas serían arrastradas por la acción decidida de esa minoría de revolucionarios audaces.

y la sustitución del capitalismo por un “régimen nuevo”, y rechazan “solamente” la esencia del marxismo, “solamente” su contenido revolucionario.

El marxismo es la teoría del movimiento emancipador del proletariado. Se comprende, por tanto, que los obreros conscientes deban prestar gran atención al proceso de sustitución del marxismo por el struvismo. Las fuerzas motrices de este proceso son múltiples y variadas. Indicaremos solamente las tres principales. 1) El desarrollo de la ciencia proporciona cada vez más datos que demuestran que Marx tenía razón. Esto hace necesario combatirlo con hipocresía, sin manifestarse abiertamente contra los fundamentos del marxismo, sino simulando su reconocimiento, vaciándolo de contenido mediante sofismas, convirtiéndolo en un sagrado “icono”, inofensivo para la burguesía. 2) El desarrollo del oportunismo entre los partidos socialdemócratas fomenta esa “revisión” del marxismo que lo adapta de manera que sirva de justificante a toda clase de concesiones al oportunismo. 3) El período del imperialismo es el período del reparto del mundo entre las “grandes” naciones, entre las naciones privilegiadas que oprimen a todas las demás. Las migajas del botín proporcionado por estos privilegios y por esta opresión van a parar, indudablemente, a manos de ciertas capas de la pequeña burguesía y de la aristocracia y burocracia obreras. Como minoría insignificante del proletariado y de las masas trabajadoras, estas capas tienden al struvismo, pues les ofrece una justificación de su alianza con “su” burguesía nacional, contra las masas oprimidas de *todas* las naciones. Más adelante aún tendremos ocasión de insistir sobre este tema, en relación con las causas de la bancarrota de la Internacional.

IV

La teoría más sutil del socialchovinismo, la que con más habilidad ha adoptado una apariencia científica e internacionalista, es la del “ultraimperialismo”, ofrecida por Kautsky. He aquí la exposición más clara, exacta y nueva de la misma, hecha por su propio autor:

“El repliegue del movimiento proteccionista en Gran Bretaña, la reducción de los aranceles en Estados Unidos, la tendencia al desarme, el rápido descenso experimentado por la exportación de capitales de Francia y Alemania en los años previos a la guerra y, por último, el creciente entrelazamiento internacional de las distintas camarillas del capital financiero me han impulsado a sopesar la posibilidad de que la actual política imperialista pueda ser remplazada por una política nueva, ultraimperialista, que sustituya la lucha entre los capitales financieros nacionales por una explotación conjunta del mundo por el capital financiero unido a escala internacional. Esta nueva fase del capitalismo es, en todo caso, concebible. No sabemos si será realizable, para ello nos faltan aún las premisas necesarias” (*Die Neue Zeit*, nº 5, 30/4/1915, p. 144).

“En este sentido, el curso y el desenlace de la guerra presente pueden desempeñar un papel decisivo. La guerra puede aplastar por completo los débiles gérmenes del ultraimperialismo, avivando también al extremo el odio nacional entre los capitalistas

financieros, intensificando la carrera armamentística y el afán de adelantarse unos a otros en este terreno, haciendo así inevitable una segunda guerra mundial. En tal caso, los pronósticos hechos en mi folleto *El camino al poder* se cumplirán en proporciones espantosas, se agravarán más aún las contradicciones entre las clases, así como la consunción moral (literalmente *Abwirtschaftung*, bancarrota) del capitalismo [Debemos advertir que, por esa palabreja rebuscada, Kautsky entiende pura y simplemente la “hostilidad” al capitalismo de las “capas intermedias entre el proletariado y el capital financiero”, a saber: “los intelectuales, los pequeños burgueses e incluso los pequeños capitalistas”] (...) Pero la guerra puede terminar de otra manera. Puede reforzar los débiles gérmenes del ultraimperialismo. Sus enseñanzas [¡bien en esto!] pueden acelerar un tipo de desarrollo que en tiempos de paz se habría hecho esperar mucho. Si las cosas llegan a este punto, es decir, al acuerdo entre las naciones, al desarme, a una paz duradera, entonces las causas que más contribuían, antes de la guerra, al creciente debilitamiento moral del capitalismo pueden desaparecer”. Esta nueva fase, como es natural, traerá para el proletariado “nuevas calamidades”, “tal vez aún peores”, pero, “por el momento”, el ultraimperialismo “podría crear una era de nuevas esperanzas e ilusiones dentro del capitalismo” (p. 145).

¿Cómo se deduce de esta “teoría” la justificación del socialchovinismo? De una manera bastante extraña para un “teórico”. Véanlo aquí:

Los socialdemócratas alemanes de izquierda dicen que el imperialismo y las guerras que engendra no son un fenómeno casual, sino un producto inevitable del capitalismo,

que ha provocado la dominación del capital financiero. Por eso es preciso pasar a la lucha revolucionaria de las masas, pues la época del desarrollo relativamente pacífico quedó en el pasado. Los socialdemócratas “de derechas” proclaman brutalmente: puesto que el imperialismo es “necesario”, también nosotros debemos ser imperialistas. Kautsky, en su papel de “centro”, trata de conciliar:

“Los de la extrema izquierda” — dice en su folleto *El Estado nacional, el Estado imperialista y la Liga de Estados* (Núremberg, 1915) — quieren contraponer el socialismo al inevitable imperialismo, es decir, no sólo la propaganda a favor del socialismo por nosotros realizada durante medio siglo frente a todas las formas de dominación capitalista, sino la consecución inmediata del socialismo. Esto parece muy radical, pero sólo puede servir para *empujar* al campo imperialista a todos los que *no creen* en la realización práctica inmediata del socialismo” (p. 17, subrayado por nosotros).

Al hablar de realización inmediata del socialismo, Kautsky recurre a un subterfugio aprovechándose de que en Alemania, sobre todo con la censura militar, no se puede hablar de acciones revolucionarias. Kautsky sabe perfectamente que la izquierda²⁴ exige del partido la propaganda y preparación inmediatas de acciones revolucionarias, pero de ninguna manera la “realización práctica inmediata del socialismo”.

La necesidad del imperialismo implica, para la izquierda, la necesidad de acciones revolucionarias. La “teoría del ultraimperialismo” sirve a Kautsky *para justificar a los oportu-*

24. Se refiere a los sectores de izquierda en el seno del SPD alemán, como la Liga Espartaco.

nistas, para presentar las cosas como si estos no se hubiesen pasado en absoluto al lado de la burguesía, sino simplemente como si “no creyesen” en el socialismo inmediato, esperando que “pueda abrirse” ante nosotros una nueva “era” de desarme y paz duradera. La “teoría” de Kautsky se reduce única y *exclusivamente* a justificar, con la *esperanza* de una nueva era pacífica del capitalismo, la adhesión de los oportunistas y de los partidos socialdemócratas oficiales a la burguesía y su renuncia a la táctica revolucionaria (es decir, proletaria) durante la *época turbulenta actual*, ¡a pesar de las solemnes declaraciones hechas en la resolución de Basilea!

Observen que, lejos de decir que la nueva fase deriva y debe resultar de tales y tales circunstancias y condiciones, Kautsky dice, lisa y llanamente, que aún no puede predecir si esta nueva fase será o no “realizable”. En efecto, echemos una ojeada a las “tendencias” hacia la nueva era señaladas por Kautsky. Es asombroso que el autor incluya, entre los factores económicos, ¡la “tendencia al desarme”! Esto significa que Kautsky, usando un manto de inocentes palabras e ilusiones pequeñoburguesas, está intentando ocultar hechos incontestables que no concuerdan en absoluto con la teoría de la atenuación de las contradicciones. El “ultraimperialismo” de Kautsky – término, por cierto, que no expresa ni mucho menos lo que su autor quiere decir – significa una inmensa *atenuación* de las contradicciones del capitalismo. Se nos dice: “Repliegue del proteccionismo en Gran Bretaña y EEUU”. ¿Dónde podemos ver aquí la menor tendencia a la nueva era? El proteccionismo estadounidense, que había sido llevado al extremo, ha sido debilitado, pero el proteccionismo sigue existiendo, como siguen existiendo los privilegios, los aranceles preferenciales de las colonias británicas en beneficio de Gran Bretaña. Recordemos cuál es la base de la sustitución de la precedente época “pacífica” del capitalismo por la época

actual, por la época imperialista: la libre competencia da paso a las sociedades monopolistas de los capitalistas; todo el globo está repartido. Es evidente que estos dos hechos (y factores) tienen una importancia verdaderamente mundial: el comercio libre y la competencia pacífica eran posibles y necesarios cuando el capital no encontraba obstáculos para aumentar sus colonias y apoderarse, en África y otros lugares, de las tierras libres; además, la concentración del capital era todavía débil, no había aún empresas monopolistas, es decir, empresas tan gigantescas que llegasen a dominar en ramas *enteras* de la industria. La aparición y el desarrollo de estas empresas monopolistas (es de suponer que este proceso no se ha detenido ni en Gran Bretaña ni en EEUU, y hasta el propio Kautsky difícilmente se atreverá a negar que la guerra lo ha acelerado y acentuado) hacen *imposible* la anterior competencia libre, a la que priva de toda base, mientras que la división del globo *obliga* a pasar de la expansión pacífica a la lucha armada por un *nuevo reparto* de las colonias y esferas de influencia. Es ridículo pensar que el *debilitamiento* del proteccionismo en dos países pueda cambiar algo tal estado de cosas.

Prosigamos. La disminución de la exportación de capitales en *dos* países en unos cuantos años. Según las estadísticas, por ejemplo, las de Harms de 1912, estos dos países, Francia y Alemania, tenían cerca de 35.000 millones de marcos (unos 17.000 millones de rublos) cada uno invertidos en el extranjero, y Gran Bretaña sola, el doble²⁵. El aumento de

25. Véase Bernhard Harms: *Problemas de la economía mundial*, Jena, 1912. George Paish: "Inversiones de capitales británicos en las colonias", en *Journal of the Royal Statistical Society*, vol. LXXIV, 1910/11, p. 167. Lloyd George, en un discurso pronunciado a principios de 1915, estimó que los capitales británicos invertidos en el extranjero ascendían a 4.000 millones de libras esterlinas, es decir, unos 80.000 millones de marcos. (N. del A.)

la exportación de capitales bajo el régimen capitalista nunca ha sido ni podía ser uniforme. Kautsky no puede insinuar siquiera que la acumulación del capital haya disminuido o que la capacidad del mercado interior haya sufrido cambios sensibles, por ejemplo, a consecuencia de una considerable mejora de la situación de las masas. En estas condiciones, del descenso experimentado en unos cuantos años por la exportación de capitales de dos países es completamente imposible deducir el advenimiento de una nueva era.

“El creciente entrelazamiento internacional de las camarillas del capital financiero”. Esta es la única tendencia verdaderamente general e indudable, y no de unos cuantos años ni de dos países, sino de todo el mundo y de todo el capitalismo. Pero, ¿por qué se ha de inferir de esto la tendencia al desarme y no la tendencia al rearme, como ha ocurrido hasta ahora? Tomemos cualquiera de las compañías mundiales dedicadas a la fabricación de cañones (y de armamento en general), como, por ejemplo, la Armstrong. Recientemente, la revista británica *The Economist* (1/5/1915) informaba de que los beneficios de esta compañía se habían elevado de 606.000 libras esterlinas en 1905-06 a 856.000 en 1913 y a 940.000 en 1914. El entrelazamiento del capital financiero es aquí muy grande y aumenta sin cesar. Los capitalistas alemanes “participan” en los negocios de la compañía británica, las compañías británicas construyen submarinos para Austria, etc., Entrelazado a escala internacional, el capital hace magníficos negocios con las armas y las guerras. Pero deducir, de la fusión y el entrelazamiento de los distintos capitales nacionales a escala internacional, una tendencia económica al desarme, equivale a sustituir la agudización real de las contradicciones de clase con piadosas ilusiones pequeñoburguesas en un debilitamiento de esas contradicciones.

V

Kautsky habla de las “enseñanzas” de la guerra en un perfecto espíritu pequeñoburgués, presentando estas enseñanzas como una especie de horror moral ante las calamidades de la guerra. He aquí, por ejemplo, sus razonamientos expuestos en el folleto *El Estado nacional...*:

“No ofrece duda ni requiere demostración la existencia de capas vivamente interesadas en la paz universal y el desarme. Los pequeños burgueses y los pequeños campesinos, e incluso muchos capitalistas e intelectuales, no están atados al imperialismo por intereses más fuertes que el daño experimentado por estas capas a consecuencia de la guerra y las armas” (p. 21).

¡Esto ha sido escrito en febrero de 1915! Los hechos nos indican que todas las clases poseedoras, incluso los pequeños burgueses y los “intelectuales”, se han unido en masa al imperialismo; pero Kautsky, igual que el hombre enfundado²⁶, se desentiende de los hechos con *palabras* melosas y con un aire de absoluta suficiencia. Kautsky no valora los intereses de la pequeña burguesía por la *conducta* de ésta, sino por las palabras de algunos pequeños burgueses, a pesar de que sus actos desmienten a cada paso

26. Un “hombre enfundado” es un funcionario de miras cortas, temeroso de toda innovación e iniciativa. La expresión procede del cuento homónimo de Chéjov.

esas palabras. Es exactamente igual que si valorásemos los “intereses” de la burguesía en general, no por sus actos, sino por los discursos rebosantes de amor de los curas burgueses, que juran y perjuran que el régimen actual está imbuido de los ideales cristianos. Kautsky aplica el marxismo en una forma que lo despoja de todo contenido, dejando únicamente la palabreja “interés” en un sentido sobrenatural y espiritualista, pues no se trata de la economía real, sino de los píos deseos del bien común.

El marxismo evalúa los “intereses” por los antagonismos de clase y la lucha de clases, que se expresa en miles de hechos de la vida cotidiana. La pequeña burguesía sueña con el debilitamiento de los antagonismos, cuya exacerbación, “argumenta”, trae “malas consecuencias”. El imperialismo representa la subordinación de todas las capas de las clases poseedoras al capital financiero y el reparto del mundo entre cinco o seis “grandes” potencias, la mayoría de las cuales participa en la guerra actual. El reparto del mundo entre las grandes potencias significa que todos sus sectores opulentos están *interesados* en la posesión de colonias y esferas de influencia, en la dominación de otras naciones, en la obtención de puestos más o menos lucrativos y de privilegios ligados al hecho de pertenecer a una “gran” potencia y a una nación opresora²⁷.

27. E. Schultze señala que en 1915 se calculaba que la suma total de valores existentes en el mundo era de 732.000 millones de francos, incluidos los empréstitos estatales y municipales, las hipotecas, las acciones de las compañías comerciales e industriales, etc. De esta cantidad correspondían a Gran Bretaña 130.000 millones de francos, a los Estados Unidos 115.000 millones, a Francia 100.000 millones y a Alemania 75.000 millones, es decir, a estas cuatro grandes potencias les correspondían 420.000 millones de francos, o sea, más de la mitad del total. Esto nos permite ver cuán enormes son las ventajas y los privilegios logrados por las naciones avanzadas, por las naciones imperialistas, que han adelantado a otros pueblos y los oprimen y expolían. (Dr.

Una nueva época ha llegado y ya *no es posible* seguir vi- viendo a la antigua, en el ambiente relativamente tranqui- llo, civilizado y pacífico del capitalismo que evoluciona suavemente y se extiende poco a poco a nuevos países. El capital financiero *va desalojando*, y terminará por desalojar de entre las grandes potencias, al país de que se trate, le arrebatará sus colonias y sus esferas de influencia (como amenaza hacerlo Alemania, que se ha lanzado a la guerra contra Gran Bretaña) y despojará a la pequeña burguesía de los privilegios e ingresos suplementarios que le proporciona el pertenecer a una gran potencia. Esto es un hecho demostrado por la guerra. Y lo que en realidad *ha con- ducido* a tal estado de cosas es el agravamiento de las con- tradicciones, agravamiento reconocido desde hace tiempo por todos y que el propio Kautsky reconoce también en su folleto *El camino al poder*.

Pues bien, cuando la lucha armada por los privilegios de gran potencia es ya un hecho, Kautsky se pone a *con- vencer* a los capitalistas y a la pequeña burguesía de que la guerra es algo terrible, mientras que el desarme es cosa buena; exactamente igual —y con los mismos resulta- dos— que cuando un cura cristiano se dedica a convencer desde el púlpito a los capitalistas, de que el amor al prójimo es un mandamiento de Dios, una inclinación del alma y una ley moral de la civilización. Lo que Kautsky llama tendencias económicas del “ultraimperialismo” no son, en realidad, más que intentos pequeñoburgueses de *conven- cer* a los financieros de que no hagan el mal.

Ernst Schultze. “El capital francés en Rusia”, en *Archivos financieros*, Berlín, 1915, año 32, p. 127.) La “defensa de la patria” de las naciones imperialistas es la defensa del derecho al botín proporcionado por la explotación de otras naciones. En Rusia, como se sabe, el imperialismo capitalista es más débil, pero, en cambio, es más fuerte el imperia- lismo militar-feudal. (N. del A.)

¿La exportación de capitales? *Pero* si se exportan más capitales a los países independientes, por ejemplo, a Estados Unidos, que a las colonias. ¿Anexión de colonias? *Pero* si ya están todas anexionadas, y casi todas ellas aspiran a la liberación: “la India puede dejar de ser una posesión británica, pero nunca caerá, como imperio entero, bajo la dominación extranjera” (p. 49 del folleto citado). “Todo intento de cualquier estado capitalista industrial de adquirir un imperio colonial que lo independice del extranjero en cuanto a la obtención de materias primas agrupará contra él a todos los demás estados capitalistas, arrastrándolo a interminables guerras agotadoras, sin que por ello se vea más cerca de su objetivo. Esta política sería el camino más seguro para llevar toda la economía de ese estado a la bancarrota” (pp. 72-73).

¿Acaso no es esto un intento pequeñoburgués de vencer a los financieros de que renuncien al imperialismo? Asustar a los capitalistas con la bancarrota es como aconsejar que no se juegue en bolsa porque “muchas fortunas se han perdido así”. El capital sale *ganando* con la bancarrota del capitalista rival o de la nación rival porque así se concentra todavía más; por eso, cuanto más aguda y “apretada” es la competencia económica, es decir, la marcha económica del competidor hacia la bancarrota, mayor es la tendencia de los capitalistas a añadirle la presión *militar* que empuje al rival en esa dirección. Cuantos menos son los países a los que se puede exportar el capital de manera tan ventajosa como a las colonias y a los países dependientes, por ejemplo, a Turquía — pues en *estos* casos el financiero obtiene un beneficio triple al conseguido con la exportación de capital a un país libre, independiente y civilizado, como Estados Unidos —, tanto más *enconada* es la lucha por la dominación y el reparto de Turquía, China, etc. Eso es lo que nos dice la teoría económica sobre la

época del capital financiero y del imperialismo. Esto es lo que nos dicen los hechos. Pero Kautsky lo convierte todo en una banal “moraleja” pequeñoburguesa: no vale la pena tomarse las cosas demasiado a pecho y menos aún hacer la guerra por el reparto de Turquía o la conquista de la India, pues “de todos modos esto no ha de durar mucho”; mejor será desarrollar el capitalismo pacíficamente... Claro está que sería mucho mejor desarrollar el capitalismo y ampliar el mercado elevando los salarios: esto es perfectamente “concebible”, y exhortar en este sentido a los financieros es un tema muy apropiado para los sermones de un cura... El buen Kautsky casi ha logrado convencer a los financieros alemanes de que no vale la pena pelear con Gran Bretaña por las colonias, pues, de todos modos, estas se emanciparán muy pronto...

El aumento de las importaciones-exportaciones a Egipto fue en Gran Bretaña menor entre 1872 y 1912 que el aumento experimentado por la exportación y la importación general de este país. Moraleja del “marxista” Kautsky: “No tenemos fundamento alguno para suponer que, sin la ocupación militar [británica] de Egipto, el comercio con dicho país hubiese crecido menos bajo la influencia del simple peso de los factores económicos” (p. 72). “Como *mejor* puede realizar (...) el capital su tendencia a la expansión (...) no es por los medios violentos del imperialismo, sino por la *democracia pacífica*” (p. 70).

¡Qué análisis tan maravilloso, qué serio, científico y “marxista” es! Kautsky “corrigió” de manera excelente esta absurda historia y “demostró” que los británicos no necesitaban en absoluto haber arrebatado Egipto a los franceses, mientras que los financieros alemanes decididamente no tenían por qué haber iniciado la guerra ni organizado la campaña turca, así como otras medidas, para expulsar a los británicos de Egipto. Todo esto no es más que un

malentendido; los británicos todavía no se han dado cuenta de que “lo mejor” sería renunciar a la violencia contra Egipto y pasar (¡en aras del aumento de la exportación de capitales a lo Kautsky!) a la “democracia pacífica”...

“Se trataba, claro está, de una ilusión, cuando los librecambistas²⁸ burgueses suponían que el libre-cambio iba a suprimir por completo las contradicciones económicas engendradas por el capitalismo: ni el librecambio ni la democracia son capaces de acabar con ellas. Pero desde todos los puntos de vista nosotros estamos interesados en que estas contradicciones sean suprimidas por unas formas de lucha que impliquen para las masas trabajadoras un mínimo de sacrificios y sufrimientos” (p. 73).

¡Misericordia, Señor! ¡Apiádate de nosotros!

¿Qué es un filisteo?, preguntaba Lassalle, y contestaba con las célebres palabras del poeta: “El filisteo es una tripa vacía llena de miedo y de esperanza en que Dios se apiade de ella”.²⁹

Kautsky ha prostituido el marxismo hasta extremos inconcebibles y se ha convertido en un auténtico cura. Y el cura trata de *convencer* a los capitalistas de que deben pasar a la democracia pacífica, y a esto lo llama dialéctica: si en un principio existió el librecambio y después el monopolio y el imperialismo, ¿por qué no ha de existir el “ultraimperialismo” y otra vez el librecambio? El cura *consuela* a las masas oprimidas describiéndoles los beneficios

28. Partidarios de la libertad de comercio y de la no injerencia del Estado en la economía.

29. En sentido figurado, persona de escasos conocimientos y poca sensibilidad artística o literaria; los filisteos fueron un pueblo bíblico. El poeta es el alemán Goethe, uno de los padres del romanticismo.

proporcionados por ese “ultraimperialismo”, aunque este cura ni siquiera se compromete a decir si tal “ultraimperialismo” es “realizable”. A quienes defienden la religión con el argumento de que consuela al hombre, Feuerbach les señala justamente el carácter reaccionario de los consuelos: quien consuela al esclavo en vez de empujarlo a la sublevación contra la esclavitud ayuda a los esclavistas.

Todas las clases opresoras sin excepción necesitan, para salvaguardar su dominación, dos funciones sociales: la función del verdugo y la función del cura. El verdugo ha de ahogar la protesta y la indignación de los oprimidos. El cura ha de consolar a los oprimidos, ofreciéndoles la perspectiva (esto sobre todo es muy cómodo cuando no se responde de que esas perspectivas sean “realizables”...) de que, manteniéndose la dominación de clase, sus sufrimientos y sacrificios se dulcificarán, con lo cual los concilia con esa dominación, los aparta de la acción revolucionaria, socava su espíritu revolucionario y destroza su firmeza revolucionaria. Kautsky ha convertido el marxismo en la teoría contrarrevolucionaria más repulsiva y estúpida, en el más sucio clericalismo.

En 1909, en su folleto *El camino al poder*, Kautsky reconoce la agudización —que nadie ha refutado y que es irrefutable— de las contradicciones del capitalismo, la proximidad de una época de guerras y revoluciones, la proximidad de un nuevo “período revolucionario”. No puede haber una revolución “prematura”, dice, y califica de “traición flagrante a nuestra causa” la renuncia a contar con la posibilidad del triunfo de la insurrección, aunque antes de la lucha tampoco se puede negar la posibilidad de la derrota.

Llegó la guerra. Las contradicciones se han agudizado *todavía más*. Los sufrimientos de las masas han alcanzado proporciones gigantescas. La guerra se prolonga y su campo de acción se extiende más y más. Kautsky escribe folleto

tras folleto, obedece sumisamente las órdenes del censor, no cita datos que revelen el saqueo de territorios, los horrores de la guerra, las ganancias escandalosas de los proveedores de armas, la carestía de la vida y la “esclavitud militar” de los obreros movilizados; pero, en cambio, prodiga consuelos y más consuelos al proletariado, citando ejemplos de las guerras de la época en que la burguesía era revolucionaria o progresista, de cuando el “propio Marx” deseaba el triunfo de tal o cual burguesía. Kautsky consuela al proletariado con ristras de números que demuestran la “posibilidad” de un capitalismo sin colonias ni saqueos, sin guerras ni armas, que demuestran las ventajas de la “democracia pacífica”. Sin atreverse a negar el agravamiento de los sufrimientos padecidos por las masas ni el surgimiento real y palpable de una situación revolucionaria (¡no se puede hablar de esto!, la censura lo prohíbe...), Kautsky, en su servilismo ante la burguesía y los oportunistas, traza la “perspectiva” (aunque *no garantiza* que sea “realizable”) de formas de lucha en una nueva fase que implicarán “menos sacrificios y menos sufrimientos”... Tienen mucha razón Franz Mehring y Rosa Luxemburgo cuando, por esta razón, califican a Kautsky de *Mädchen für alle**.

* * *

En agosto de 1905 existía en Rusia una situación revolucionaria manifiesta. El zar había prometido la duma de Bulyguin³⁰ para “consolar” a las masas agitadas. Si la renuncia de los financieros a las armas y el acuerdo de una

* Prostituta. Literalmente, “chica para todo”.

30. La Duma de Estado fue una institución representativa que el zarismo se vio obligado a convocar como resultado de la revolución de 1905. Formalmente, era un órgano legislativo, pero en la práctica no tenía

“paz duradera” entre ellos puede llamarse “ultraimperialismo”, entonces al régimen consultivo de Bulyguin se le puede dar el nombre de “ultraautocracia”. Admitamos por un momento que el día de mañana un centenar de los financieros más importantes del mundo, “entrelazados” en cientos de empresas gigantescas, *prometen* a los pueblos que, después de la guerra, abogarán por el desarme (admitamos esto por un momento con el fin de poder seguir las deducciones políticas que se desprenden de la estúpida teoría de Kautsky). Incluso en este caso sería una flagrante traición al proletariado desaconsejarle la acción revolucionaria, sin la cual todas las promesas y todas las hermosas perspectivas serían sólo un espejismo.

La guerra no sólo ha proporcionado a la clase capitalista ganancias fabulosas y excelentes perspectivas de nuevos despojos (Turquía, China, etc.), de nuevos pedidos por valor de miles de millones, de nuevos empréstitos a elevado interés. La guerra le ha proporcionado además mayores ventajas políticas, al dividir y corromper al proletariado. Kautsky contribuye a esta corrupción; Kautsky canoniza esta *división* internacional de los proletarios en lucha, *jenaras de la unidad* con los oportunistas de la “propia” nación, con los Südekum! Y todavía hay quien no comprende que la consigna de unidad de los viejos partidos significa la “unidad” del proletariado nacional con su burguesía nacional y la *división* del proletariado internacional.

ningún poder real. Las elecciones eran indirectas, desiguales y restringidas. Los derechos electorales de las clases trabajadoras, así como de las naciones no rusas que poblaban Rusia, estaban muy limitados. La дума de Bulyguin recibe este nombre porque sus normas electorales, publicadas en agosto de 1905, fueron encargadas al ministro del Interior, A. G. Bulyguin. Los bolcheviques la boicotearon activamente. Las elecciones no llegaron a celebrarse porque la дума de Bulyguin fue barrida por el ascenso revolucionario de octubre de 1905.

VI

Estaban ya escritas las líneas precedentes cuando salió a la luz la *Die Neue Zeit* del 28 de mayo (nº 9), con el razonamiento final de Kautsky acerca de la bancarrota de la socialdemocracia” (párrafo 7 de sus objeciones a Cunow). El propio Kautsky ha reunido y resumido de la siguiente manera todos los viejos sofismas en defensa del socialchovinismo, añadiéndoles otro nuevo:

“Es faltar simplemente a la verdad afirmar que la guerra es puramente imperialista, que, al desencadenarse, no había más alternativa que imperialismo o socialismo; afirmar que los partidos socialistas y las masas proletarias de Alemania, de Francia y, en muchos aspectos, también de Gran Bretaña, obedeciendo solamente a la exhortación de un puñado de parlamentarios, se lanzaron irreflexivamente a los brazos del imperialismo, traicionaron al socialismo y provocaron así una bancarrota sin precedentes en la historia”.

Nuevo sofisma y nuevo engaño a los obreros: la guerra, vean ustedes, ¿no es “puramente” imperialista!

Kautsky vacila de un modo asombroso en cuanto al carácter y la significación de la guerra actual, con la particularidad de que este dirigente del partido elude constantemente las declaraciones precisas y formales de los congresos de Basilea y Chemnitz con el mismo cuidado con que un ladrón elude el lugar de su último robo. En el folleto

sobre *El Estado nacional...*, escrito en febrero de 1915, Kautsky afirmaba que la guerra “es, a fin de cuentas, imperialista” (p. 64). Ahora hace una nueva salvedad: la guerra no es puramente imperialista. ¿Qué más puede ser?

Resulta que, además, ¡es nacional! Kautsky llega a tamaña monstruosidad con esta pseudodialéctica *plejanovista*:

“La presente guerra no sólo es un engendro del imperialismo, sino también de la revolución rusa”.

Ya en 1904 el propio Kautsky había previsto que la revolución rusa resucitaría el paneslavismo³¹ en una nueva forma, que:

“una Rusia democrática debe, forzosamente, reavivar en alto grado el afán de los eslavos austríacos y turcos de lograr su independencia nacional (...) Entonces también se planteará con agudeza la cuestión polaca (...) Austria se desmembrará, pues con el hundimiento del zarismo se romperá el aro de hierro que mantiene unidos hoy día los elementos que tienden a separarse unos de otros [este último párrafo lo toma Kautsky de un artículo suyo de 1904] (...) La revolución rusa (...) ha dado un nuevo y poderoso impulso a las aspiraciones nacionales del Oriente y ha añadido a los problemas europeos problemas asiáticos. En la guerra *presente*, todos estos problemas se dejan sentir en forma turbulenta y adquieren una importancia decisiva para el estado de ánimo de las masas populares, incluidas las masas proletarias, mientras entre las clases dominantes prevalecen las tendencias imperialistas” (p. 273, subrayado por nosotros).

31. Corriente política reaccionaria que pretendía unificar a los países eslavos bajo la égida del zar ruso, utilizando con este fin la lucha de los eslavos por liberarse de los yugos otomano y austro-húngaro.

¡He aquí otra muestra de prostitución del marxismo! *Puesto que* una “Rusia democrática” reavivaría el afán de libertad de las naciones del este europeo (esto es indudable), la guerra actual, que no libera a ninguna nación y que, cualquiera que sea su fin, esclaviza a muchas, no es, por tanto, una guerra “puramente” imperialista. *Puesto que* el “hundimiento del zarismo” significaría la desmembración de Austria, dada su estructura nacional antedemocrática, el zarismo contrarrevolucionario, temporalmente fortalecido, que saquea Austria y oprime *todavía más* a las naciones que la habitan³² ha dado, *por tanto*, a la “guerra actual” un carácter que no es puramente imperialista, sino, en cierta medida, nacional. *Puesto que* las “clases dominantes” engañan a la estúpida pequeña burguesía y al campesinado atrasado con cuentos acerca de los objetivos nacionales de la guerra imperialista, un hombre de ciencia, una figura prestigiosa del “marxismo”, un representante de la Segunda Internacional tiene, *por tanto*, el derecho de recurrir a la siguiente “fórmula” para que las masas se resignen y acepten este engaño: las clases dominantes tienen tendencias imperialistas, mientras que el “pueblo” y las masas proletarias tienen aspiraciones “nacionales”.

¡La dialéctica convertida en la sofistería más vil y sin sentido!

El *único* elemento nacional de la guerra presente es la lucha de Serbia contra Austria (lo cual, dicho sea de paso, ha sido señalado en la resolución de la conferencia de Berna de nuestro partido³³). Sólo en Serbia y entre los serbios

32. En aquella época, el imperio austro-húngaro se extendía por diversas naciones centroeuropeas.

33. Conferencia de las secciones del POSDR en el extranjero celebrada en dicha ciudad suiza en febrero-marzo de 1915. La resolución *Sobre la*

tenemos un movimiento de liberación nacional con muchos años de existencia, que abarca a millones de seres — a las “masas populares” — y cuya “continuación” es la guerra de Serbia contra Austria. Si esta guerra fuese una guerra aislada, es decir, si no estuviese ligada a la guerra europea, a los objetivos egoístas y rapaces de Gran Bretaña, Rusia, etc., todos los socialistas estarían *obligados* a desear el triunfo de la *burguesía* serbia: esta es la única conclusión acertada y absolutamente necesaria que se deduce del elemento nacional de la guerra presente. ¡Y esta es precisamente la que no hace el sofista Kautsky, que a día de hoy se encuentra al servicio de los burgueses, los clericales y los generales austríacos!

Prosigamos. La dialéctica de Marx, última palabra del método evolucionista científico, proscribire precisamente ese análisis aislado, es decir, unilateral y monstruosamente deformado de los problemas. El elemento nacional de la guerra serbo-austríaca no tiene ni puede tener *ninguna* importancia seria en la guerra europea. Si vence, Alemania ahogará a Bélgica, a una parte más de Polonia, tal vez a una parte de Francia, etc. Si vence Rusia, las ahogadas serán Galicia, otra parte más de Polonia, Armenia, etc. Si hay “empate”, se mantendrá la vieja opresión nacional. Para Serbia, es decir, para una centésima parte de los que participan en la presente guerra, esta es una “continuación de la política” del movimiento burgués de liberación. Para las otras noventa y nueve centésimas partes, la guerra es una continuación de la política imperialista, es decir, de la política de una burguesía decrepita, capaz de corromper pero no de emancipar las naciones.

consigna de la 'defensa de la patria' decía: “El elemento nacional tiene en la guerra austro-serbia una importancia secundaria y no cambia el carácter imperialista general de la misma”.

Al “liberar” Serbia, la Triple Entente *vende* los intereses de la libertad serbia al imperialismo italiano a cambio de la ayuda de este en el despojo de Austria.

Todos estos son hechos comúnmente conocidos y que han sido desfigurados sin ningún escrúpulo por Kautsky con el fin de justificar a los oportunistas. En la naturaleza y en la sociedad *no existen* ni pueden existir fenómenos “puros”. Así nos lo enseña precisamente la dialéctica de Marx, la cual señala que el concepto mismo de pureza implica cierta estrechez, cierta unilateralidad del conocimiento humano, que no abarca completamente el objeto en toda su complejidad. En el mundo no hay ni puede haber capitalismo “puro”, sino que siempre aparece *mezclado* con elementos feudales, pequeñoburgueses o de cualquier otro tipo. Por eso, recordar que la guerra no es “puramente” imperialista, en unos momentos en que se trata del patente engaño de las “masas populares” por los imperialistas, que encubren a sabiendas sus propósitos de franca rapiña con una fraseología “nacional”, es ser un pedante de lo más obtuso o un marrullero y un falsario. Todo consiste en que Kautsky *contribuye* al engaño del pueblo por los imperialistas cuando dice que “para las masas populares, incluidas las masas proletarias, tenían una importancia decisiva” los problemas nacionales, *mientras que* para las clases dominantes la tienen las “tendencias imperialistas” (p. 273), y cuando “corrobora” esto con una alusión pseudodialéctica a la “realidad infinitamente variada” (p. 274). ¡Santa verdad! La realidad es, sin ningún género de duda, infinitamente variada. Pero no menos indudable es que en esa infinita variedad existen dos corrientes básicas y fundamentales: el contenido objetivo de la guerra es la “continuación de la política” del imperialismo, es decir, del pillaje de otras naciones por la burguesía decrepita de las “grandes potencias” (y por sus gobiernos), mientras que

la ideología dominante “subjetiva” son frases “nacionales” difundidas para engañar a las masas.

Ya hemos analizado el viejo sofisma de Kautsky, repetido por él sin cesar, de que la “izquierda” representaba las cosas como si “al iniciarse la guerra” la única alternativa fuese imperialismo o socialismo. Esto es una tergiversación indecorosa, pues Kautsky sabe muy bien que la izquierda planteó *otra* alternativa: la adhesión del partido a la rapiña y al engaño imperialista, o la propaganda y la preparación de acciones revolucionarias. Kautsky sabe también que sólo la censura impide que los “izquierdistas” destruyan en Alemania la absurda fábula difundida por él en su deseo de servir lacayunamente a los Südekum.

En cuanto a las relaciones entre las “masas proletarias” y el “puñado de parlamentarios”, Kautsky lanza aquí una de las objeciones más manoseadas:

“Dejemos a un lado a los alemanes para no abogar *pro domo sua**, pero ¿quién se pondrá a afirmar en serio que unos hombres como Vaillant y Guesde, Hyndman y Plejánov se han convertido de la noche a la mañana en unos imperialistas y en unos traidores al socialismo? Dejemos a un lado a los parlamentarios y a las ‘altas instancias’ [Kautsky alude evidentemente a la revista *Die Internationale* de Rosa Luxemburgo y Franz Mehring, donde la política de las altas instancias, o sea, los órganos dirigentes oficiales del Partido Socialdemócrata Alemán, su ejecutiva (*Vorstand*), su grupo parlamentario, etc., son tratados con el desprecio que se merecen] (...) pero,

* En interés propio. La expresión significa literalmente “para su casa” y procede de un discurso de Cicerón pidiendo ayuda para reconstruir su casa, que le había sido confiscada durante su exilio.

¿quién se atreverá a afirmar que, para cuatro millones de proletarios alemanes conscientes, basta la orden de un puñado de parlamentarios para dar media vuelta a la derecha en 24 horas y colocarse frente a sus objetivos de ayer? Si tal cosa fuese cierta, eso sería, naturalmente, la prueba de una horrible bancarrota, y no sólo de nuestro partido, sino también de las *masas* [subrayado por Kautsky]. Si las masas fuesen un rebaño de ovejas tan falto de carácter, podríamos dejar que nos enterrasen" (p. 274).

Como político y como hombre de ciencia, el prestigiosísimo Karl Kautsky se ha hecho enterrar ya por su conducta y por recurrir a lamentables subterfugios. Quien no lo haya comprendido así, o por lo menos no se haya dado cuenta de ello, es caso perdido para el socialismo; por eso Mehring, Rosa Luxemburgo y sus partidarios han adoptado en *Die Internationale* el único tono que corresponde a este caso, al tratar a Kautsky y consortes como a los sujetos más despreciables.

Fíjense en esto: los *únicos* que *podían* expresar su actitud ante la guerra con cierta libertad (es decir, sin ser inmediatamente detenidos y llevados a un cuartel y sin correr el riesgo inminente de ser fusilados) eran "un puñado de parlamentarios" (que votaron con toda libertad, haciendo uso de su derecho, y que podían haber votado perfectamente en contra; ni siquiera en Rusia se maltrató, apaleó o detuvo a ningún diputado), un puñado de funcionarios, de periodistas, etc. Ahora Kautsky, con toda nobleza, achaca a las *masas* la traición y la falta de carácter de esa *capa* social, sobre cuyos *vínculos* con la táctica y la ideología del oportunismo ¡ha escrito decenas de veces el propio Kautsky durante años y años! La primera y la más esencial de las reglas de la investigación científica en general, y de la

dialéctica marxista en particular, exige que el escritor examine las *relaciones* existentes entre la actual lucha de *tendencias* en el seno del socialismo — de la tendencia que habla y grita acerca de la traición y que toca a rebato con este motivo, y de la que no ve la traición — y la lucha llevada a cabo anteriormente, durante *decenios enteros*. Kautsky no dice una palabra acerca de esto y ni siquiera desea plantear la cuestión de las tendencias y *corrientes*. Hasta ahora había corrientes, ¡pero ahora ya no existen! Ahora no hay más que los nombres sonoros de las “figuras de prestigio”, que las almas serviles sacan siempre a relucir. Y resulta muy cómodo en este caso remitirse los unos a los otros y taparse amigablemente los “pecadillos”, según la regla de que una mano lava a la otra. ¡Cómo puede hablarse de oportunismo, si se trata de Guesde, Plejánov y Kautsky!, exclama L. Márto³⁴ en una conferencia pronunciada en Berna (véase el *Sotsial-Demokrat* n^o 36). Hay que tener más cuidado cuando se acusa de oportunismo a hombres como Guesde, escribe Axelrod (*Golos*, n^o 86 y 87). “Yo no voy a defenderme — dice Kautsky desde Berlín, haciéndose eco —, ¡pero Vaillant, Guesde, Hyndman, Plejánov...!”. ¿Por qué alaba el cuclillo al gallo? Porque el gallo alaba al cuclillo.³⁵

En su ardor servil, Kautsky llega al extremo de besarle la mano hasta a Hyndman, a quien presenta como si se hubiese pasado al imperialismo ayer. Pero la propia *Die Neue Zeit* y decenas de periódicos socialdemócratas de todo el mundo habían hablado ya, durante *muchos años*, del

34. Julius o L. Márto³⁴ (1873-1923): Seudónimo de Yuli O. Zederbaum. Cofundador del POSDR. Miembro de la redacción de *Iskra*. Principal dirigente menchevique a partir de 1903.

35. Palabras de la fábula *El cuclillo y el gallo*, de Iván Krylov (1769-1844), gran fabulista ruso.

imperialismo de Hyndman. Si a Kautsky le interesase de verdad la biografía política de las *personas* que menciona, debería ver si esa biografía contiene rasgos y hechos que han estado preparando el paso al imperialismo a lo largo de una decena de años, y no de un día para otro; debería ver si Vaillant no fue prisionero de los jauresistas³⁶ y Plejánov de los mencheviques y liquidadores; si la *tendencia* de Guesde³⁷ no agonizó a la vista de todos en la revista guesdista *Le Socialisme*, de una inercia y una ineptitud ejemplares e incapaz de adoptar una posición independiente en ningún problema de importancia; debería ver si él mismo (añadiremos para quienes lo sitúan también —con toda razón— al lado de Hyndman y de Plejánov) no dio pruebas de falta de carácter en la cuestión del millerandismo, al comienzo de la lucha contra la bernsteiniada³⁸, etc.

-
36. Partidarios de Jean Jaurès, dirigente del ala reformista del socialismo francés asesinado por un fascista al comienzo de la Primera Guerra Mundial. Revisaban los postulados básicos del marxismo y propugnaban la colaboración de clases. En 1902 fundaron el Partido Socialista Francés, que adoptó posiciones reformistas y que en 1905 se fusionó con el partido dirigido por Guesde, formando la Sección Francesa de la Internacional Obrera. Durante la Primera Guerra Mundial, los jauresistas, mayoritarios en la dirección de la SFIO, apoyaron abiertamente la guerra imperialista y adoptaron posiciones socialchovinistas.
37. Tendencia de Guesde (guesdistas): Ala revolucionaria del socialismo francés a finales del siglo XIX y comienzos del XX, encabezada por Jules Guesde. En 1901 fundaron el Partido Socialista de Francia, que en 1905 se fusionó con el partido dirigido por Jean Jaurès, adoptando en su seno una posición centrista. Al estallar la Primera Guerra Mundial, Guesde adoptó posturas socialpatriotas y fue ministro en un gobierno de unidad nacional.
38. Alusión a las tesis políticas del dirigente del SPD alemán Eduard Bernstein. En 1889 afirmó que el marxismo ya no era válido y debía ser revisado, y que el socialismo no sería producto de la lucha de clases y la revolución, sino de la gradual acumulación de reformas del capitalismo conseguidas por vía parlamentaria. Abogó por la colaboración de clases. Rosa Luxemburgo, entre otros, polemizó con él. Sus

Pero Kautsky no da muestras ni por asomo de estar interesado en el estudio científico de la biografía de estos líderes. Ni siquiera intenta ver si ahora se están defendiendo con *sus propios* argumentos o se limitan a repetir los argumentos de los oportunistas y de los burgueses; si las acciones de esos líderes han adquirido una seria importancia política a consecuencia de la gran influencia propia o a consecuencia de su adhesión a otra tendencia verdaderamente “influyente” que está apoyada por una organización militar, es decir, a la tendencia burguesa. Kautsky ni siquiera hace la tentativa de estudiar esa cuestión; sólo se ocupa de despistar a las masas, de ensordecirlas con un estrépito de nombres prestigiosos, de impedirles que planteen con claridad la cuestión que se debate y hagan un análisis completo de ella³⁹.

“A una orden de un puñado de parlamentarios, una masa de cuatro millones de personas dio media vuelta a la derecha...”.

ideas, aunque condenadas en los congresos del SPD, eran aplicadas en la práctica por el partido, cuyo aparato estaba ya en manos de los reformistas.

39. Las alusiones de Kautsky a Vaillant y Guesde, a Hyndman y Plejánov son características también por otro motivo. Los imperialistas abiertos como Lensch y Haenisch (por no hablar de los oportunistas) se remiten precisamente a Hyndman y a Plejánov para justificar *su propia* política, y tienen *derecho* a hacerlo. Dicen la *verdad*, pues es la misma política. Kautsky, en cambio, habla despectivamente de Lensch y de Haenisch, radicales que han girado hacia el imperialismo. Kautsky da las gracias a Dios por no parecerse a esos publicanos, por no estar de acuerdo con ellos, por seguir siendo —¡no se rían!— revolucionario. Pero, *de hecho*, la posición de Kautsky es la misma. Kautsky, el chovinista hipócrita que recurre a frases melosas, es mucho más repulsivo que los chovinistas simplones David y Heine, Lensch y Haenisch. (N. del A.) [Los publicanos eran los arrendadores de impuestos o rentas públicas en la época romana. N. de la Ed.]

Aquí cada palabra es una mentira. La organización del partido alemán no contaba con cuatro millones, sino con un millón de afiliados; y la voluntad única de esta organización de masas (como la de cualquier organización) la expresaba *exclusivamente* su centro político único⁴⁰, un “puñado” que traicionó al socialismo. Este puñado de hombres fue consultado, se le invitó a votar, pudo votar, pudo escribir artículos, etc. Las masas, en cambio, no fueron consultadas. No sólo no se les permitió votar, sino que fueron divididas y arrastradas “*por orden*” de las autoridades militares, no de un puñado de parlamentarios. La organización militar estaba presente; *sus* jefes no habían traicionado; y esa organización movilizaba a las “masas” *individualmente*, presentándoles este ultimátum: la incorporación a filas (siguiendo el consejo de sus dirigentes) o el paredón. Las masas no podían actuar organizadas, pues su organización, creada de antemano y personificada en el “puñado” de los Legien, los Kautsky y los Scheidemann, había traicionado a las masas, y para crear una *nueva* organización se requiere tiempo, se requiere la decisión de arrojar por la borda la vieja organización caduca y podrida.

Kautsky trata de rebatir a sus adversarios de izquierda atribuyéndoles la idea absurda de que, en respuesta a la guerra, las masas deberían haber hecho la revolución “en 24 horas” e implantado el “socialismo” contra el imperalismo; en caso contrario, las “masas” habrían dado pruebas de “falta de carácter” y cometido una “traición”. Pero esto no es más que un dislate utilizado hasta ahora por los autores de zafios libelos burgueses y policiacos para “rebatir” a los revolucionarios, al que hoy recurre Kautsky

40. Centro era el nombre que recibían los locales desde los que se organizaba la actividad de un grupo político. En este caso, Lenin se refiere a la sede central del SPD.

muy ufano. Los adversarios de izquierda de Kautsky saben perfectamente que la revolución no se “hace”, que las revoluciones *surgen* de las crisis y de los giros históricos, que han madurado en virtud de leyes objetivas (independientes de la voluntad de los partidos y de las clases), que sin organización las masas no pueden tener una voluntad única y que la lucha contra una potente organización terrorista militar estatal centralizada es una empresa larga y difícil. Las masas, traicionadas por sus dirigentes en el momento crítico, *no podían* hacer nada; pero ese “puñado” de dirigentes *tenía toda la posibilidad* y el deber de votar contra los créditos de guerra, de oponerse a la “paz social” y a la justificación de la guerra, de manifestarse a favor de la derrota de *sus* gobiernos, de crear un aparato internacional para hacer propaganda a favor de la confraternización en las trincheras, de organizar publicaciones clandestinas⁴¹ que preconizasen la necesidad de pasar a las acciones revolucionarias, etc.

Kautsky sabe muy bien que la izquierda del SPD alemán se refiere precisamente a estas acciones, o mejor dicho a acciones *de este tipo*, y sabe asimismo que, dada la

41. A propósito. Para esto no era preciso, ni mucho menos, que en respuesta a la prohibición de escribir sobre el odio y la lucha de clases se cerrasen todos los periódicos socialdemócratas. Aceptar esta prohibición, como lo hizo *Vorwärts*, era una vileza y una cobardía. Al hacerlo, *Vorwärts* se convirtió en un cadáver *político*. L. Mártov tenía razón cuando señalaba este hecho. Pero se podían haber conservado los periódicos legales, declarando que no eran periódicos de partido *ni* periódicos *socialdemócratas*, sino simplemente prensa al servicio de las necesidades técnicas de una parte de los trabajadores, es decir, *periódicos no políticos*. ¿Por qué no sería posible la existencia de unas publicaciones socialdemócratas clandestinas, con una *valoración* de la guerra, y unas publicaciones obreras legales que *no hiciesen tal valoración*, pero que no faltasen a la verdad, sino que simplemente la silenciasen? (N. del A.) [El *Vorwärts* era el órgano central del SPD alemán. N. de la Ed.]

censura militar, no puede hablar de esto *directa* y abiertamente. El afán de defender a toda costa a los oportunistas lleva a Kautsky al extremo de cometer la insólita vileza de ocultarse tras los censores militares para atribuir a la izquierda absurdos evidentes, seguro de que los censores impedirán su desenmascaramiento.

VII

Una importante cuestión científica y política, eludida conscientemente por Kautsky mediante toda clase de subterfugios, con lo que ha proporcionado un enorme placer a los oportunistas, consiste en saber *cómo han podido* traicionar al socialismo los representantes más destacados de la Segunda Internacional.

Como es natural, no debemos plantear esta cuestión en el sentido de la biografía personal de tales o cuales figuras de prestigio. Sus futuros biógrafos tendrán que enfocar también este aspecto de la cuestión, pero lo que ahora interesa al movimiento socialista no es esto, sino el estudio del origen histórico, de las condiciones, de la importancia y de las fuerzas de la *corriente* socialchovinista. 1) ¿De dónde procede el socialchovinismo? 2) ¿Qué le ha dado fuerza? 3) ¿Cómo hay que luchar contra él? Este planteamiento de la cuestión es el único serio; reducirlo a una cuestión de "personas" es, en realidad, una simple escapatoria, un subterfugio de sofista.

Para contestar a la primera pregunta debemos ver, primero, si el contenido ideológico y político del socialchovinismo está *relacionado* con alguna de las corrientes previas del socialismo, y, segundo, cuál es la relación que existe, desde el punto de vista de las divisiones políticas reales, entre la actual división de los socialistas en adversarios y defensores del socialchovinismo y otras divisiones históricas anteriores.

Por socialchovinismo entendemos la aceptación de la idea de la defensa de la patria en la presente guerra imperialista,

la justificación de la alianza de los socialistas con la burguesía y con los gobiernos de “sus” países en esta guerra, la renuncia a propugnar y apoyar las acciones revolucionarias del proletariado contra “su” burguesía, etc. Es evidente que el principal contenido ideológico y político del socialchovinismo coincide totalmente con las bases del oportunismo. Es *siempre la misma* corriente. En las condiciones de la guerra de 1914-15, el oportunismo engendra precisamente el socialchovinismo. La idea fundamental en el oportunismo es la colaboración entre las clases. La guerra lleva esta idea a su fin lógico, añadiendo a los factores y estímulos ordinarios de la misma otros muchos extraordinarios y obligando, con violencias y amenazas especiales, a las masas amorfas y desunidas a colaborar con la burguesía. Como es natural, esta circunstancia amplía el círculo de los partidarios del oportunismo y explica cumplidamente el paso de muchos radicales de ayer al campo oportunista.

El oportunismo es el sacrificio de los intereses vitales de las masas en aras de los intereses momentáneos de una minoría insignificante de obreros o, dicho en otros términos, la alianza entre la burguesía y una parte de los obreros contra las masas proletarias. La guerra ha hecho que esta alianza sea particularmente patente e inevitable. El oportunismo se ha estado incubando durante decenios por la especificidad de una época de desarrollo del capitalismo en que las condiciones de existencia relativamente civilizadas y pacíficas de una capa de obreros privilegiados los “aburguesaba”, les proporcionaba unas migajas de los beneficios conseguidos por sus capitalistas nacionales y los mantenía alejados de las privaciones, los sufrimientos y el estado de ánimo revolucionario de las masas arruinadas que vivían en la miseria. La guerra imperialista es la continuación directa y la culminación de tal estado de

cosas, pues es una guerra por los *privilegios* de las naciones imperialistas, por un nuevo reparto de las colonias entre ellas, por su dominación sobre otras naciones. Defender y consolidar su privilegiada situación de “capa superior”, de pequeña burguesía o aristocracia (y burocracia) de la clase obrera: tal es la continuación natural, durante la guerra, de las esperanzas oportunistas pequeñoburguesas y de la táctica correspondiente; tal es la base económica del socialimperialismo de nuestros días.⁴²

La fuerza de la costumbre, la rutina de una evolución relativamente “pacífica”, los prejuicios nacionales, el temor a giros bruscos y la falta de confianza en estos giros han sido, como se puede suponer, circunstancias complementarias que han fortalecido tanto al oportunismo como a la contemporización hipócrita y cobarde con él, so pretexto de que esto es sólo temporal y obedece únicamente a causas y motivos especiales. La guerra transfiguró al

42 Unos cuantos ejemplos de la gran importancia concedida por los imperialistas y los burgueses a los privilegios nacionales y “de gran potencia” como arma para dividir a los obreros y apartarlos del socialismo. En su obra *La gran Roma y la Gran Bretaña* (Oxford, 1912), el imperialista inglés Lucas reconoce que en el actual Imperio británico los hombres de color no gozan de igualdad de derechos (pp. 96-97) y señala que “en nuestro Imperio, cuando los obreros blancos trabajan al lado de los obreros de color, no lo hacen en igualdad de condiciones, sino que el obrero blanco es más bien el capataz del hombre de color” (p. 98). Erwin Belger, ex secretario de la Alianza Imperial contra los Socialdemócratas, en su folleto *La socialdemocracia después de la guerra* (1915), ensalza la conducta de los socialdemócratas [SPD], diciendo que éstos deben convertirse en un “partido puramente obrero” (p. 43), “nacional”, en un “partido obrero alemán” (p. 45), sin ideas “internacionalistas utópicas”, “revolucionarias” (p. 44). En una obra dedicada a la inversión de capitales en el extranjero [*El sistema económico de inversión de capital en el extranjero*, Berlín, 1907], el imperialista alemán Sartorius von Waltershausen condena a los socialdemócratas alemanes por no prestar atención al “bienestar de la nación” (p. 438) —que

oportunismo, cultivado durante decenas de años, lo elevó a una fase superior, aumentó y diversificó sus matices, multiplicó el número de sus partidarios, enriqueció sus argumentos con un montón de sofismas nuevos y fundió la corriente principal del oportunismo con multitud de nuevos riachuelos y arroyos; pero la corriente principal no desapareció. Todo lo contrario.

El socialchovinismo es el oportunismo maduro, hasta el punto de que ya no es posible que este absceso burgués siga existiendo como hasta ahora en el seno de los partidos socialistas.

Los que no quieren ver la estrechísima e indisoluble conexión existente entre el socialchovinismo y el oportunismo se aferran a hechos y “casos” aislados: que tal oportunista se ha convertido en internacionalista o que tal elemento de ideas radicales se ha transformado en chovinista. Pero realmente este argumento no es nada serio cuando se trata

consiste en la conquista de colonias— y ensalza el “realismo” de los obreros británicos, manifestado, por ejemplo, en su lucha contra la inmigración. El diplomático alemán Rüdorffer, en su obra sobre los principios de la política mundial [*Rasgos principales de la política mundial contemporánea*, Berlín, 1913], destaca el hecho comúnmente conocido de que la internacionalización del capital no elimina en absoluto la enconada lucha de los capitalistas nacionales por el poder, por la influencia, por la “mayoría de las acciones” (p. 161), y señala que los obreros acaban involucrados en esa enconada lucha (p. 175). El libro lleva fecha de octubre de 1913 y el autor habla con una claridad meridiana de los “intereses del capital” (p. 157) como causa de las guerras modernas; dice que la cuestión de la “tendencia nacional” se convierte en el eje del socialismo (p. 176) y que los gobiernos no tienen nada que temer de los manifiestos internacionalistas de los socialdemócratas (p. 177), quienes en realidad son cada vez más nacionales (pp. 103, 110, 176). El socialismo internacional triunfará, dice, si logra arrancar a los obreros de la influencia nacional, pues sólo con la violencia no se consigue nada; pero el socialismo será derrotado si prevalecen los sentimientos nacionales (pp. 173-174). (N. del A.)

del desarrollo de las *corrientes*. En primer lugar, la base económica del chovinismo y del oportunismo en el movimiento obrero es siempre la misma: la alianza de unas reducidas capas superiores del proletariado y de la pequeña burguesía — que aprovechan las migajas de los privilegios de “su” capital nacional — contra las masas proletarias, contra las masas trabajadoras y oprimidas en general. En segundo lugar, el contenido ideológico y político de ambas corrientes es también el mismo. En tercer lugar, la vieja división de los socialistas en corriente oportunista y corriente revolucionaria, división propia de la época de la Segunda Internacional (1889-1914), *corresponde*, en resumidas cuentas, a la nueva división en chovinistas e internacionalistas.

Para convencernos de la exactitud de esta última afirmación, recordemos la regla de que la ciencia social (como en general toda ciencia) trata de fenómenos *generales* y no de hechos aislados. Tomemos diez países europeos: Alemania, Gran Bretaña, Rusia, Italia, Holanda, Suecia, Bulgaria, Suiza, Francia y Bélgica. En los ocho primeros, la nueva división de los socialistas (según el internacionalismo) corresponde a la vieja (según el oportunismo): en Alemania, los *Sozialistische Monatshefte*⁴³, fortaleza del oportunismo, se han convertido en baluarte del chovinismo. Las ideas internacionalistas son defendidas por la extrema izquierda. En Gran Bretaña, cerca de las tres séptimas partes del Partido Socialista Británico⁴⁴ son

43. “Cuadernos Socialistas Mensuales”, revista del SPD.

44. Fundado en 1911 por la unificación de la Federación Social-Demócrata con otros grupos socialistas, el BSP hizo agitación y propaganda en el espíritu de las ideas marxistas y fue calificado por Lenin como un partido “no oportunista, verdaderamente independiente de los liberales”. Sin embargo, el escaso número de militantes y sus débiles vínculos con las masas le imprimieron un carácter algo sectorio. Durante la Primera Guerra Mundial se entabló en su seno una

internacionalistas (66 votos a favor de la resolución internacional y 84 en contra, según el último recuento), mientras que en el bloque de los oportunistas (Partido Laborista, fabianos y Partido Laborista Independiente)⁴⁵ *menos*

dura lucha entre la corriente internacionalista (W. Gallacher, A. Inkpin, J. MacLean, T. Rotshtein y otros) y la corriente socialchovinista, encabezada por Hyndman. Entre los primeros había elementos inconsecuentes que mantenían una posición centrista en diversas cuestiones. En febrero de 1916, un grupo de dirigentes del BSP fundó el periódico *The Call* (El Llamamiento), que desempeñó un importante papel en la cohesión de los internacionalistas. La conferencia anual del BSP celebrada en abril de 1916 rechazó la postura socialchovinista de Hyndman y sus seguidores, que abandonaron el partido. El BSP apoyó la Revolución de Octubre y sus militantes desempeñaron un gran papel en el movimiento de los trabajadores británicos en defensa de la Rusia soviética frente a la agresión imperialista. En 1919, la inmensa mayoría de las organizaciones del partido (98 contra 4) se pronunciaron a favor del ingreso en la Internacional Comunista. Junto con el Grupo Comunista de Unidad, el BSP desempeñó el papel principal en la fundación del Partido Comunista de Gran Bretaña. En el congreso de unificación (1920), la inmensa mayoría de las organizaciones locales del BSP se integraron en el PC.

45. *Partido Laborista*: Fundado en 1900 como una agrupación de sindicatos, organizaciones y grupos socialistas británicos con el fin de llevar representantes obreros al Parlamento (“Comité de Representación Obrera”). En 1906, este comité adoptó la denominación de Partido Laborista. Originariamente un partido obrero por su composición, más tarde se le adhirieron gran número de elementos pequeño-burgueses, convirtiéndolo en una organización oportunista por su ideología y su táctica. Durante la Primera Guerra Mundial, los dirigentes laboristas adoptaron una posición socialchovinista. || *Fabianos*: Miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista británica fundada en 1884 y constituida fundamentalmente por intelectuales burgueses, como S. y B. Webb, R. MacDonald o Bernard Shaw. Negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista, afirmando que el socialismo se podía alcanzar a través de la acumulación gradual de reformas sociales. En 1900 ingresó en el Partido Laborista. Durante la Primera Guerra Mundial, los fabianos mantuvieron una posición socialchovinista. Deben su nombre al militar romano Fabio Máximo (siglo III a.e.c.), apodado “El Contemporizador” porque en la

de la séptima parte son internacionalistas⁴⁶. El núcleo fundamental de los oportunistas en Rusia, la revista liquidacionista *Nasha Zariá*, se convirtió en el núcleo fundamental de los chovinistas. Plejánov y Aléxinski son los que más alborotan, pero nosotros sabemos, aunque no sea más que por la experiencia del quinquenio 1910-14, que son incapaces de llevar a cabo una propaganda sistemática entre las masas rusas. El núcleo de los internacionalistas en Rusia lo constituyen el *pravdismo*⁴⁷ y el grupo obrero social-demócrata en la Duma⁴⁸ como representante de

Segunda Guerra Púnica rehuyó los combates directos con Aníbal y optó por una estrategia de desgaste del ejército cartaginés. || *Partido Laborista Independiente* (ILP): Partido reformista británico fundado en 1893, en un ambiente de reanimación de la lucha huelguística e intensificación del movimiento por la independencia de la clase obrera respecto a los partidos burgueses. Ingresaron en el ILP miembros de los sindicatos, así como intelectuales y pequeñoburgueses influidos por los fabianos. En 1906 participó en la fundación del Partido Laborista, con el que durante décadas mantuvo una relación tormentosa. En 1914 la mayoría de sus bases mantuvieron una postura pacifista. En 1920 abandonó la II Internacional y una parte de sus militantes ingresó en el PC.

46. Por lo general se compara al Partido Laborista Independiente con el Partido Socialista Británico. Es un error. Se debería considerar la esencia del problema, no las formas de organización. Observen ustedes los diarios: había *dos*, uno (*Daily Herald*) del Partido Socialista Británico y otro (*Daily Citizen*) del bloque de los oportunistas. Los diarios expresan el trabajo efectivo de propaganda, agitación y organización. (N. del A.)
47. *Pravdismo*: Bolchevismo; el término deriva del *Pravda*, el órgano central bolchevique.
48. Las elecciones a la cuarta Duma se celebraron en el otoño de 1912. Para privar a la clase obrera de representación, el gobierno puso todos los obstáculos posibles a la elección de sus diputados, manipuló el escrutinio y persiguió a los obreros de vanguardia. El grupo parlamentario socialdemócrata quedó compuesta por seis bolcheviques (A. Badáiev, M. Muránov, G. Petrovski, F. Samóilov, N. Shágov y R. Malinovski, quien, como se supo luego, era un agente de la policía) y

los obreros avanzados que reconstituyeron el partido en enero de 1912.⁴⁹

En Italia, el partido de Bissolati y compañía, netamente oportunista, se ha convertido en un partido chovinista. El internacionalismo está representado por el partido *obrero*. Las *masas* obreras se pronuncian en pro de este partido; los oportunistas, los parlamentarios y los pequeños burgueses optan por el chovinismo. En Italia, durante varios meses, se podía elegir libremente, y la elección no fue hecha al azar, sino en consonancia con la diferente situación de clase de las masas proletarias y de las capas pequeño-burguesas.

En Holanda, el partido oportunista de Troelstra acepta el chovinismo en general (no hay que dejarse engañar por el hecho de que en Holanda los pequeños burgueses, lo mismo que los grandes, odien particularmente a Alemania,

siete mencheviques. Los diputados bolcheviques fueron elegidos por las principales provincias industriales, en las que se concentraban las cuatro quintas partes del proletariado de Rusia. Los diputados mencheviques lo fueron por zonas no industriales del país. Valiéndose de su pequeña superioridad numérica en el seno del grupo, los mencheviques dificultaban la labor de los bolcheviques, rechazando varios acuerdos que estos les propusieron. En octubre de 1913, siguiendo las indicaciones del comité central del partido, los diputados bolcheviques abandonaron el grupo parlamentario socialdemócrata unitario y constituyeron uno bolchevique independiente, que empezó a llamarse "Grupo parlamentario obrero socialdemócrata de Rusia". Los diputados bolcheviques defendieron en la Duma el punto de vista del partido, proclamaron vigorosamente las reivindicaciones de la clase obrera, se opusieron a la guerra imperialista y hablaron de la calamitosa situación de los obreros y los campesinos y de la opresión nacional.

49. Se alude a la VI Conferencia Nacional (Conferencia de Praga) del POSDR. En enero de 1912 se celebró en Praga una conferencia de toda Rusia en la que el partido (fracción) bolchevique quedó organizado como partido independiente. La Conferencia de Praga expulsó del partido a los mencheviques liquidadores.

capaz más que nadie de “tragárselos”). El partido marxista, encabezado por Gorter y Pannekoek, es el que ha dado internacionalistas consecuentes, sinceros, ardientes y convencidos. En Suecia, el líder oportunista, Branting, se indigna cuando acusan de traición a los socialistas alemanes, mientras que el líder de la izquierda, Höglund, afirma que ese es precisamente el punto de vista de algunos de sus partidarios (véase el nº 36 de *Sotsial-Demokrat*). En Bulgaria, los adversarios del oportunismo, los *tesniaki*,⁵⁰ acusan en su órgano de prensa (*Novo Vreme*) a los socialdemócratas alemanes de “haber cometido una vileza”. En Suiza, los partidarios del oportunista Greulich se muestran inclinados a justificar a los socialdemócratas alemanes (véase su órgano de prensa, el *Volksrecht* de Zúrich), mientras que los partidarios de R. Grimm, hombre de ideas mucho más radicales, han convertido su periódico de Berna (*Berner Tagwacht*) en órgano de la izquierda alemana⁵¹. De los diez países, sólo dos, Francia y Bélgica, constituyen una excepción, aunque también aquí, la verdad sea dicha, no observamos falta de internacionalistas, sino su extraordinaria debilidad y abatimiento (en parte por causas bien comprensibles); no olvidemos que el mismo Vaillant confesaba en *L'Humanité*⁵² que había recibido de

50. *Tesniaki* (“estrechos”): Corriente revolucionaria del Partido Socialdemócrata Búlgaro. En 1903 formaron un partido independiente, el Partido Socialdemócrata Obrero Búlgaro. En 1914 se opusieron a la guerra. En 1919 ingresaron en la Internacional Comunista y formaron el Partido Comunista de Bulgaria.

51. *Berner Tagwacht* (El Centinela de Berna): Órgano del Partido Socialdemócrata de Suiza. Entre 1909 y 1918 fue dirigido por R. Grimm. Al empezar la Primera Guerra Mundial, publicó artículos de K. Liebknecht, F. Mehring y otros socialdemócratas de izquierda. A partir de 1917 apoyó a los socialchovinistas.

52. *L'Humanité* (La Humanidad): Periódico fundado en 1904 por J. Jaurès como órgano del Partido Socialista Francés. Durante la Primera Guerra

sus lectores cartas de tendencia internacionalista, ¡aunque *ninguna* de ellas fue publicada íntegramente!

En general, si se consideran las tendencias y las corrientes, hay que admitir que ha sido precisamente el ala oportunista del socialismo europeo la que ha traicionado al socialismo y se ha pasado al chovinismo. ¿Cuál es el origen de su fuerza, de su aparente omnipotencia en los partidos oficiales? Kautsky, que tan bien sabe plantear problemas históricos, sobre todo cuando se trata de la antigua Roma o temas análogos no relacionados con los problemas actuales, cuando el asunto le atañe a él mismo finge hipócritamente no entender de qué va. Pero la cuestión es de una claridad meridiana. La fuerza gigantesca de los oportunistas y de los chovinistas proviene de *su alianza* con la burguesía, los gobiernos y los estados mayores. En Rusia se suele olvidar esto con mucha frecuencia y se considera que los oportunistas son *una parte* de los partidos socialistas, que dentro de estos partidos siempre han existido y seguirán existiendo dos alas extremas, que todo consiste en evitar los “extremismos” y demás lindezas de este género impresas en letras de molde en todos los catones⁵³ pequeñoburgueses.

En realidad, la militancia formal de los oportunistas en los partidos obreros no excluye en absoluto el que sean —objetivamente— un destacamento político de la burguesía, vehículos de su influencia y agentes de ella en el seno del

Mundial estuvo en manos de la extrema derecha socialista y mantuvo una posición socialchovinista. Desde diciembre de 1920, a raíz de que el congreso de la SFIO celebrado en Tours aprobase constituirse en Partido Comunista Francés, pasó a ser el órgano central del PCF. En 2001, la dirección del PCF dio entrada en el periódico a capital privado.

53. Un catón es un libro para ejercitar la lectura. El nombre deriva del gramático latino Dionisio Catón.

movimiento obrero. Cuando el oportunista Südekum, con tanto afán de notoriedad como Eróstrato⁵⁴, demostró convincentemente esta verdad social, esta verdad de clase, muchos hombres de bien quedaron estupefactos. Los socialistas franceses y Plejánov empezaron a señalar con el dedo a Südekum, aunque bastaba con que Vandervelde, Sembat y Plejánov se mirasen al espejo para ver reflejado en él *precisamente a Südekum*, con una fisonomía nacional ligeramente modificada. Los miembros de la comisión ejecutiva alemana (*Vorstand*), que ahora alaban a Kautsky y son alabados por él, se apresuraron a declarar, con prudencia, comedimiento y delicadeza (sin nombrar a Südekum), que “no estaban de acuerdo” con la trayectoria de Südekum.

Esto es ridículo, pues, de hecho, en la política práctica del Partido Socialdemócrata Alemán, en el momento decisivo Südekum solo resultó ser más fuerte que un centenar de Haase y de Kautsky (como *Nasha Zariá*⁵⁵ sola resultó ser más fuerte que todas las corrientes del bloque de Bruselas,⁵⁶ temerosas de romper con ella).

54. Eróstrato fue un pastor griego cuya ansia de fama le llevó a incendiar, en el año 356 a.e.c., el templo de Artemisa en Éfeso, una de las siete maravillas del mundo.

55. *Nasha Zariá* (Nuestra Aurora): Publicación legal de los mencheviques liquidadores, editada entre enero de 1910 y septiembre de 1914.

56. *Bloque de Bruselas o del 3 de julio*: Bloque antibolchevique concertado en la conferencia de diversos grupos del POSDR celebrada tras la conferencia “unificadora” de Bruselas. Esta conferencia, celebrada en julio de 1914, fue convocada por la Segunda Internacional y contó con la asistencia del comité central del POSDR (bolcheviques), el Comité de Organización (mencheviques), el grupo de Plejánov y el Bund, entre otros. En ella se examinó el problema de la unificación del POSDR. Los mencheviques y los líderes de la Segunda Internacional no aceptaron las condiciones de unidad que proponían los bolcheviques. Kautsky, en nombre del Buró Socialista Internacional, propuso una

¿Por qué? Pues precisamente porque detrás de Südekum están la burguesía, el gobierno y el estado mayor de una gran potencia, que apoyan de mil maneras la política de Südekum, mientras que reprimen por todos los procedimientos la política de sus adversarios, llegando incluso a la prisión y el fusilamiento. Las palabras de Südekum son difundidas en millones de ejemplares de la prensa burguesa (lo mismo que las palabras de Vandervelde, Sembat y Plejánov), mientras que las palabras de sus adversarios no *pueden* aparecer en la prensa legal, ¡a causa de la censura militar!

Todos están de acuerdo en que el oportunismo no es fruto del azar, no es un pecado, un desliz, una traición de unos cuantos individuos aislados, sino el producto social de toda una época histórica. Pero no todos se detienen a pensar en el significado de esta verdad. El oportunismo ha sido nutrido por el legalismo. Los partidos obreros de la época de 1889-1914 debían aprovechar la legalidad burguesa. Cuando llegó la crisis, fue preciso pasar al trabajo ilegal (y este paso sólo se puede dar con una energía y una decisión extraordinarias, combinadas con toda una serie de ardides). Para impedir este paso basta con un solo Südekum, pues todo el “viejo mundo” — para expresarnos en un sentido histórico-filosófico — lo apoya: pues él, Südekum — para expresarnos en un sentido político-práctico —, siempre ha revelado y siempre revelará a la burguesía todos los planes militares de su enemigo de clase.

Es un hecho que todo el Partido Socialdemócrata Alemán (y lo mismo vale decir de los franceses y *demás*) hace únicamente lo que le agrada a Südekum o lo que Südekum

resolución de unificación del POSDR en la que se afirmaba que en la socialdemocracia rusa no había ninguna diferencia esencial que impidiese la unidad.

puede tolerar. Legalmente no *puede* hacerse nada más. Todas las acciones *honradas* y verdaderamente socialistas se realizan en el Partido Socialdemócrata Alemán *contra* sus organismos centrales, *al margen* de su ejecutiva y de su órgano central de prensa, se realizan *infringiendo* la disciplina orgánica y de una manera *fraccional*, en nombre de unos nuevos centros anónimos de un nuevo partido, como es anónimo, por ejemplo, el llamamiento de la izquierda alemana publicado en el *Berner Tagwacht* del 31 de mayo de este año⁵⁷. De hecho, está creciendo, fortaleciéndose y organizándose *un nuevo* partido verdaderamente obrero, verdaderamente socialdemócrata y revolucionario, distinto del viejo y podrido partido nacional-liberal de Legien, Südekum, Kautsky, Haase, Scheidemann y compañía.⁵⁸

Por eso el oportunista Monitor dejó escapar imprudentemente una profunda verdad histórica, al afirmar en la

57. Referencia a la proclama “¡El enemigo principal está en el propio país!”, escrita por Karl Liebknecht.

58. Es sumamente característico lo ocurrido antes de la histórica votación del 4 de agosto. El partido oficial ha tapado este hecho con el manto de la hipocresía burocrática: ante la decisión de la mayoría, todos votaron *a favor* como un solo hombre. Pero en la revista *Die Internationale*, Ströbel denunció esta hipocresía y descubrió la verdad. En el grupo parlamentario socialdemócrata había *dos* grupos, que se presentaron con un *ultimátum* ya preparado, es decir, con una decisión fraccional, es decir, escisionista. Uno de los grupos, el de los oportunistas, integrado por unas 30 personas, decidió votar a favor *en cualquier caso*; el otro, el de la izquierda, integrado por unas 15 personas, decidió —con menos firmeza— votar en contra. Cuando el “centro” o la “charca”, que no tenía ninguna posición firme, votó con los oportunistas, la izquierda se vio totalmente derrotada y... ¡se sometió! Hablar de la “unidad” de la socialdemocracia alemana es una completa hipocresía que encubre la inevitable sumisión de la izquierda a los *ultimátums* de los oportunistas. (N. del A.) [El 4 de agosto de 1914 fue el día que el parlamento alemán aprobó, con el voto del SPD, los créditos de guerra. N. de la Ed.]

revista conservadora *Preussische Jahrbücher* que a los oportunistas (léase: *a la burguesía*) les perjudicaría que la actual socialdemocracia evolucionase *hacia la derecha*, pues entonces los obreros se apartarían de ella. Los oportunistas (y la burguesía) necesitan precisamente el partido actual, *que agrupa* al ala derecha y al ala izquierda y está representado oficialmente por Kautsky, un hombre capaz de conciliarlo todo con frases fluidas y “perfectamente marxistas”. De palabra, para el pueblo, para las masas, para los obreros: socialismo y espíritu revolucionario; de hecho, *südekumismo*, es decir, alianza con la burguesía en todo momento de crisis seria. Decimos en *todo* momento de crisis, pues no sólo con motivo de la guerra, sino también en ocasión de cualquier huelga política seria, tanto la Alemania “feudal” como la Gran Bretaña o la Francia “libres y parlamentarias” declararán *inmediatamente*, con uno u otro nombre, el estado de guerra. Quien esté en su sano juicio no puede dudar de ello.

De ahí se desprende la respuesta a la pregunta que hemos planteado más arriba: ¿cómo hay que luchar contra el socialchovinismo? El socialchovinismo es el oportunismo tan maduro, tan fortalecido y envalentonado durante una larga época de capitalismo relativamente “pacífico”, tan maduro ideológica y políticamente, tan ligado a la burguesía y a los gobiernos, que *no es posible* tolerar la existencia de *tal corriente en el seno* de los partidos obreros socialdemócratas. Si cuando se camina por las calles urbanizadas de una pequeña ciudad de provincias se pueden tolerar unas suelas delgadas y endebles, cuando hay que subir a una montaña son imprescindibles unas suelas gruesas y bien herradas. En Europa, el socialismo ya ha rebasado la etapa relativamente pacífica y encuadrada en estrechos límites nacionales. La guerra de 1914-15 le ha hecho entrar en la etapa de las acciones revolucionarias,

por lo que no puede haber duda de que ha llegado el momento de romper completamente con el oportunismo y expulsarlo de los partidos obreros.

De esta definición de las tareas del socialismo planteadas por la nueva etapa de su desarrollo mundial no se deduce inmediatamente cuáles serán la rapidez y las formas del proceso que lleve a que, en los distintos países, los partidos revolucionarios socialdemócratas obreros se separen de los partidos oportunistas pequeñoburgueses. Pero de ahí sí se desprende la necesidad de comprender claramente que esta separación es inevitable y de orientar precisamente desde este punto de vista toda la política de los partidos obreros. La guerra de 1914-15 es un giro histórico tan grande, que la actitud ante el oportunismo ya *no puede* seguir siendo la de antes. Lo ocurrido *no puede* ser borrado; no es posible borrar de la conciencia de los obreros, ni de la experiencia de la burguesía ni de las lecciones políticas de nuestra época en general, el hecho de que, en el momento de la crisis, los oportunistas han constituido el núcleo de los elementos que desertaron de los partidos obreros y se pasaron a la burguesía. Antes de la guerra, el oportunismo —si nos referimos a toda Europa— se encontraba, por decirlo así, en la adolescencia. Con la guerra ha llegado a la plena madurez y ya no es posible devolverle su “inocencia” ni su juventud. Ha surgido todo un estrato social, formado por parlamentarios, periodistas, funcionarios del movimiento obrero, empleados privilegiados y ciertas capas del proletariado, que *se ha fundido* con su burguesía nacional, la cual ha sabido apreciarlo y “adaptarlo”. No es posible hacer girar hacia atrás o detener la rueda de la historia; pero lo que sí se puede y debe hacer es avanzar sin miedo y pasar de las organizaciones preparatorias y legales de la clase obrera, cautivas del oportunismo, a unas organizaciones revolucionarias

del proletariado que sepan *no* limitarse a la legalidad, que sepan protegerse de la traición oportunista, a las organizaciones revolucionarias del proletariado que emprende la “lucha por el poder”, la lucha para derrocar a la burguesía.

Esto demuestra, entre otras cosas, lo erróneo que es el punto de vista de quienes ciegan su conciencia y la conciencia de los obreros al plantear el problema de la actitud que se ha de tener ante tales o cuales figuras prestigiosas de la Segunda Internacional, ante Guesde, Plejánov, Kautsky, etc. En realidad, no existe ningún problema. Si estas personas no comprenden las nuevas tareas, tendrán que quedarse al margen o seguir, como hasta ahora, cautivos de los oportunistas. Si se liberan por sí mismas de su “cautiverio”, es poco probable que encuentren obstáculos *políticos* que impidan su retorno al campo de los revolucionarios. En todo caso, es absurdo sustituir el problema de la lucha entre corrientes y del cambio de época en el movimiento obrero por el del papel que desempeñan ciertos individuos.

VIII

Las organizaciones legales de masas de la clase obrera son tal vez el signo distintivo más importante de los partidos socialistas correspondientes a la época de la Segunda Internacional. Las más fuertes eran las del partido alemán, y fue aquí donde la guerra de 1914-15 marcó el giro más profundo y planteó la cuestión de manera más rotunda. Era evidente que el paso a las acciones revolucionarias significaba la disolución de las organizaciones legales por la policía, y el viejo partido, desde Legien hasta Kautsky inclusive, sacrificó los objetivos revolucionarios del proletariado al mantenimiento de las actuales organizaciones legales. Por mucho que se quiera negarlo, el hecho está ahí. El derecho del proletariado a la revolución ha sido vendido por el plato de lentejas de unas organizaciones autorizadas por la ley policiaca vigente.

Veamos el folleto de Karl Legien, líder de los sindicatos socialdemócratas alemanes, *¿Por qué los funcionarios sindicales deben tener mayor participación en la vida interior del partido?* (Berlín 1915). Es una conferencia pronunciada por el autor el 27 de enero de 1915 en una reunión de funcionarios del movimiento sindical. En ella, Legien dio lectura a un interesante documento, reproducido en el folleto, y que de otra manera la censura militar no hubiese dejado pasar en ningún caso. Este documento —llamado “Material para los oradores del distrito de Niederbarnim” (barrio de Berlín)— es una exposición de los puntos de vista sustentados por los socialdemócratas de izquierda alemanes,

de su protesta contra el partido. Los socialdemócratas revolucionarios — dice el documento — no previeron ni podían prever un factor, a saber:

“Que toda la fuerza organizada del Partido Socialdemócrata Alemán y de los sindicatos se colocó al lado del gobierno beligerante, toda esta fuerza fue utilizada para aplastar la energía revolucionaria de las masas” (p. 34 del folleto de Legien).

Esta es una verdad indudable. También es cierta la siguiente afirmación del mismo documento:

“La votación del 4 de agosto del grupo parlamentario socialdemócrata significó que otro punto de vista — por mucho arraigo que tuviera en las masas — no hubiese podido abrirse paso bajo la dirección de un partido probado, sino únicamente contra la voluntad de las instancias del partido, únicamente a condición de vencer la resistencia del partido y de los sindicatos” (*loc. cit.*).

Esta es una verdad indiscutible.

“Si el grupo parlamentario socialdemócrata hubiese cumplido con su deber el 4 de agosto, probablemente la forma exterior de la organización habría sido destruida, pero habría quedado el espíritu, ese mismo espíritu que animaba al partido durante la ley de excepción contra los socialistas y que le ayudó a vencer todas las dificultades” (*loc. cit.*).

El folleto de Legien señala que los “líderes”, reunidos para escuchar su informe y que se califican a sí mismos de dirigentes sindicales, *se rieron a carcajadas* al oír esto. Les pareció *risible* la idea de que se pudieran y debieran crear organizaciones revolucionarias clandestinas (igual que durante

la ley de excepción) en un momento de crisis. Y Legien, fidelísimo perro de presa de la burguesía, se golpeaba el pecho y exclamaba:

“Es una idea a todas luces anarquista: destrozarse las organizaciones para provocar la resolución del problema por las masas. No me cabe la menor duda de que es una idea anarquista”.

“¡Bien dicho!”, gritaban a coro (*op. cit.*, p. 37) los lacayos de la burguesía que se autocalifican de líderes de las organizaciones socialdemócratas de la clase obrera.

Edificante cuadro. Esta gente ha sido tan corrompida y tan embrutecida por la legalidad burguesa, que ni siquiera le *cabe* en la cabeza la necesidad de otras organizaciones, la necesidad de unas organizaciones *ilegales* que dirijan la lucha revolucionaria. Esta gente ha llegado a imaginarse que los sindicatos legales, existentes por gracia de la autorización policial, representan un límite que no puede ser sobrepasado; que la *preservación* de estos sindicatos como organizaciones *dirigentes* es concebible en época de crisis. Ahí tienen la dialéctica viva del oportunismo: el simple crecimiento de los sindicatos legales, la simple costumbre de unos filisteos algo obtusos, aunque concienzudos, de no hacer más que llevar libros de contabilidad, ha tenido como consecuencia que, en el momento de la crisis, estos concienzudos filisteos se han convertido en unos traidores, unos tráfugas, unos *estranguladores* de la energía revolucionaria de las masas. Y esto no ha ocurrido por azar. El tránsito a la organización revolucionaria es una necesidad, lo exige el cambio de la situación histórica, lo reclama la época de las acciones revolucionarias del proletariado; pero este tránsito sólo es posible si se salta por encima de los antiguos líderes, estranguladores

de la energía revolucionaria, si *se salta por encima* del viejo partido, *destruyéndolo*.

Pero los filisteos contrarrevolucionarios, como es natural, claman: “¡anarquismo!”; igual que clamaba “anarquismo” el oportunista E. David cuando arremetía contra Karl Liebknecht. Por lo visto, los únicos socialistas honrados que quedan en Alemania son los dirigentes a quienes los oportunistas acusan de anarquismo...

Tomemos el ejército moderno. Es buen ejemplo de organización. Y esta organización es buena únicamente porque es *flexible*, a la vez que sabe dotar a millones de hombres de una *voluntad única*. Hoy estos millones de hombres están en sus casas, en distintos lugares del país. Mañana, a la orden de movilización, se reunirán en los puntos señalados. Hoy están en las trincheras, en las que a veces pasan meses enteros. Mañana, agrupados de distinta manera, irán al ataque. Hoy hacen milagros ocultándose de las balas y la metralla. Mañana harán milagros combatiendo a pecho descubierto. Hoy sus destacamentos de vanguardia colocan minas bajo tierra; mañana avanzarán decenas de kilómetros siguiendo las señales que les hacen los aviadores desde el aire. Esto es lo que se llama una organización, cuando en nombre de un objetivo, animados por una voluntad, millones de hombres cambian las formas de sus relaciones y de sus acciones, cambian el lugar y los métodos de su actividad, cambian los instrumentos y las armas de acuerdo con el cambio de las circunstancias y de las exigencias de la lucha.

Lo mismo podemos decir de la lucha de la clase obrera contra la burguesía. Hoy no existe una situación revolucionaria, no hay condiciones para la efervescencia de las masas, para el incremento de su actividad; hoy le ponen a uno en la mano la papeleta electoral: tómala, aprende a organizarte para golpear con ella a tus enemigos, y no para

enviar al parlamento a unos acomodados que se aferran al escaño por temor a la cárcel. Mañana te quitan la papeleta electoral y te ponen en la mano un fusil y un excelente cañón de tiro rápido, última palabra de la técnica: toma esos instrumentos de muerte y destrucción, no prestes oído a los lloricas sensibleros que temen la guerra; para emancipar a la clase obrera, en el mundo aún quedan demasiadas cosas que *deben* ser destruidas por el hierro y el fuego, y si en las masas crecen la ira y la desesperación, si hay una situación revolucionaria, prepárate para crear nuevas organizaciones y para *poner en juego* esos instrumentos tan útiles de muerte y destrucción *contra* tu *propio* gobierno y tu *propia* burguesía.

No es fácil hacerlo, no cabe duda. Para ello harán falta arduas acciones preparatorias. Se requerirán muchos sacrificios. Es una *nueva* forma de organización y de lucha, que también *debe ser aprendida*, pero las enseñanzas no se adquieren sin equivocaciones ni derrotas. Esta forma de lucha de clase es a la participación en las elecciones lo que el ataque es a las maniobras, las marchas o la permanencia en las trincheras. En la historia, esta forma de lucha está *muy pocas veces* a la orden del día, pero, en cambio, su significación y sus consecuencias se extienden a decenios enteros. Los *días* en que se puede y se debe poner a la orden del día estas formas de lucha equivalen a *veintenas de años* de otras épocas históricas.

Comparad a K. Kautsky con K. Legien:

“Mientras el partido era poco numeroso — dice Kautsky —, toda protesta contra la guerra tenía la eficacia propagandística de un acto de valor (...) La conducta de los camaradas rusos y serbios en estos últimos tiempos ha merecido el reconocimiento general. Cuanto más fuerte es un partido, tanto más se

mezclan en los motivos de sus decisiones las consideraciones propagandísticas y la valoración de las consecuencias prácticas, tanto más difícil resulta tener igualmente en cuenta los motivos de uno y otro género, a la vez que no se puede hacer caso omiso de unos ni de otros. Por eso, cuanto más fuertes somos, más fáciles son las divergencias entre nosotros ante cada situación nueva y complicada" (*El internacionalismo y la guerra*, p. 30).

Estos razonamientos de Kautsky sólo difieren de los de Legien por su hipocresía y pusilanimidad. En realidad, Kautsky apoya y justifica la vil renuncia de los Legien a la actividad revolucionaria, pero lo hace con sordina, sin pronunciarse claramente, escapando con simples alusiones, limitándose a hacer reverencias, lo mismo ante Legien que ante la conducta revolucionaria de los rusos. Nosotros, los rusos, estamos acostumbrados a ver semejante actitud ante los revolucionarios sólo por parte de los liberales: los liberales siempre están dispuestos a reconocer el "valor" de los revolucionarios, pero, al mismo tiempo, por nada del mundo renunciarán a su táctica archioportunista. Los revolucionarios que se precien no aceptarán las "expresiones de reconocimiento" de Kautsky, sino que rechazarán indignados semejante planteamiento de la cuestión. Si no hubiese una situación revolucionaria manifiesta, si no fuese obligatorio propugnar las acciones revolucionarias, entonces la conducta de los rusos y de los serbios sería *errónea*, entonces su táctica sería equivocada. Tengan por lo menos esos caballeros como Legien y Kautsky el valor de sustentar sus propias opiniones y declararlo abiertamente.

Pero si la táctica de los socialistas rusos y serbios es merecedora de "reconocimiento", entonces no es tolerable, es

criminal justificar la táctica *opuesta* de los partidos “fuertes”, de los partidos alemán, francés, etc. Con la expresión intencionadamente oscura de “consecuencias prácticas”, Kautsky *veló* la simple verdad de que los partidos grandes y fuertes *se asustaron* ante la idea de que el gobierno podía disolver sus organizaciones, incautarse de sus cajas y detener a sus líderes. Esto significa que Kautsky justifica la traición al socialismo con la consideración de las desagradables “consecuencias prácticas” de la táctica revolucionaria. ¿No es esto acaso una prostitución del marxismo?

“¡Nos hubieran detenido!”, dijo —según aseguran— en una reunión de obreros de Berlín uno de los diputados socialdemócratas que el 4 de agosto votaron a favor de los créditos de guerra. Y los obreros le gritaron en respuesta: “¿Qué habría de malo en ello?”.

Si no hubiese otra *señal* para transmitir a las masas obreras de Alemania y Francia el espíritu revolucionario y la idea de la necesidad de preparar las acciones revolucionarias, la detención de un diputado por un discurso valiente habría desempeñado un papel útil como llamamiento a la *unificación* de los proletarios de diferentes países en la labor revolucionaria. Esa unificación *no es fácil de lograr*: razón de más para que fuesen precisamente los diputados, que se encuentran arriba y dominan todo el panorama político, quienes *asumiesen la iniciativa*.

No sólo durante una guerra, sino absolutamente en toda agudización de la situación política, sin hablar ya de cualquier acción revolucionaria de las masas, el gobierno del país burgués *más libre* amenazará siempre con la disolución de las organizaciones legales, con la incautación de las cajas, con la detención de los dirigentes y con otras “consecuencias prácticas” de la misma índole. ¿Qué hay que hacer, pues? ¿Justificar por ello a los oportunistas, como hace Kautsky? Pero eso significa canonizar la

transformación de los partidos socialdemócratas en partidos obreros nacional-liberales.

Para un socialista no puede haber más que una conclusión: el legalismo puro, el legalismo exclusivo de los partidos “europeos”, ha caducado y, en virtud del desarrollo capitalista durante la fase preimperialista, se ha convertido en la base de la política obrera burguesa. Este legalismo debe ser complementado con la creación de una base ilegal, de una organización clandestina, de una labor socialdemócrata ilegal, sin entregar al mismo tiempo ni una sola posición legal. La experiencia demostrará *cómo* debe hacerse esto: lo que hace falta es que haya deseos de emprender este camino y conciencia de su necesidad. Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia demostraron en 1912-14 que este problema puede ser resuelto. El diputado obrero Muránov —el que mejor se portó ante el tribunal y que fue deportado a Siberia por el zarismo— mostró con toda claridad que, además del parlamentarismo *ministerial* (desde Henderson, Sembat y Vandervelde hasta Südekum y Scheidemann, también perfectamente “ministeriales”, ¡sólo que no se les deja pasar de la antesala!), existe también el parlamentarismo *ilegal y revolucionario*. Los Kosovski y los Potréssov pueden entusiasmarse con el parlamentarismo “europeo” de los lacayos o conformarse con él; nosotros no nos cansaremos de repetir a los obreros que *este* legalismo, que *esta* socialdemocracia de los Legien, los Kautsky y los Scheidemann no merece más que desprecio.

IX

Resumamos.

La bancarrota de la Segunda Internacional se ha manifestado con la máxima evidencia en la flagrante traición cometida por la mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales de Europa contra sus convicciones y contra sus solemnes resoluciones de Stuttgart y de Basilea. Pero esta bancarrota, que representa el pleno triunfo del oportunismo, la transformación de los partidos socialdemócratas en partidos obreros nacional-liberales, no es más que el resultado de toda la época histórica de la Segunda Internacional, la época de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Las condiciones objetivas de esta época de transición, que marca el paso de la culminación de las revoluciones burguesas y nacionales en Europa Occidental al comienzo de las revoluciones socialistas, fueron las que engendraron y alimentaron el oportunismo. Durante este tiempo, en algunos países europeos observamos la división del movimiento obrero y socialista, división que en general sigue precisamente la línea del oportunismo (Gran Bretaña, Italia, Holanda, Bulgaria, Rusia), y en otros países, una lucha prolongada y tenaz de corrientes siguiendo la misma línea (Alemania, Francia, Bélgica, Suecia, Suiza). La crisis engendrada por la Gran Guerra⁵⁹ arrancó el velo, barrió los convencionalismos, abrió el absceso, desde hacía tiempo

59. Nombre con que se denominó a la Primera Guerra Mundial hasta el estallido de la Segunda.

maduro, y mostró al oportunismo en su verdadero papel de aliado de la burguesía. Ahora ha llegado el momento en que es indispensable apartar completa y orgánicamente de los partidos obreros a este elemento. La época imperialista no tolera la coexistencia en un mismo partido de los elementos de vanguardia del proletariado revolucionario y de la aristocracia semipequeñoburguesa de la clase obrera, que disfruta de las migajas de los privilegios proporcionados por la condición "dominante" de "su" nación. La vieja teoría de que el oportunismo es un "matiz legítimo" dentro de un partido único y ajeno a los "extremismos" se ha convertido hoy en día en el engaño más grande a la clase obrera, en el mayor obstáculo para el movimiento obrero. El oportunismo franco, que provoca la repulsa inmediata de las masas obreras, no es tan peligroso ni perjudicial como esta teoría del justo medio, que exculpa con palabras marxistas la práctica del oportunismo, que trata de demostrar con una serie de sofismas lo inoportuno de las acciones revolucionarias, etc. Kautsky, el representante más destacado de esta teoría y, a la vez, la figura de mayor prestigio de la Segunda Internacional, se ha revelado como un hipócrita de primer orden y como un virtuoso en el arte de prostituir el marxismo. Entre el millón de militantes del partido alemán no ha quedado ni un solo socialdemócrata más o menos honrado, consciente y revolucionario que no se aparte indignado de esta figura de "prestigio", defendida con tanto ardor por los Südekum y los Scheidemann.

Las masas proletarias, abandonadas por cerca de las nueve décimas partes de sus antiguos dirigentes, que se pasaron a la burguesía, se vieron divididas e impotentes ante la orgía chovinista, ante la opresión de la ley marcial y de la censura militar. Pero la situación revolucionaria objetiva, creada por la guerra y cada vez más amplia y

más honda, engendra inevitablemente un estado de ánimo revolucionario, temple a los proletarios mejores y más conscientes, y los instruye. No sólo es posible, sino que cada vez es más probable un cambio rápido en el estado de ánimo de las masas semejante al ocurrido en la Rusia de comienzos de 1905, en relación con la *gaponada*⁶⁰, cuando en unos cuantos meses, y a veces en unas cuantas semanas, de las capas proletarias atrasadas surgió un ejército de millones de hombres que siguió a la vanguardia revolucionaria del proletariado. No es posible saber si el desarrollo de un potente movimiento revolucionario se producirá a raíz de esta guerra, en el curso de la misma, etc., pero, en todo caso, *sólo* el trabajo en esta dirección merece el nombre de trabajo socialista. La consigna que generaliza y orienta este trabajo, la consigna que contribuye a unir y cohesionar a quienes desean prestar su ayuda a la lucha revolucionaria del proletariado contra su gobierno y contra su burguesía, es la consigna de guerra civil.

En Rusia, la separación completa de los elementos proletarios socialdemócratas revolucionarios de los elementos oportunistas pequeñoburgueses ha sido preparada por toda la historia del movimiento obrero. El peor servicio que se le presta corre a cargo de quienes vuelven la espalda a esta historia y declaman contra el “espíritu de

60. Expresión que debe su nombre al padre Gapón, un pope de San Petersburgo que, siguiendo las indicaciones de la Ojrana, la policía política zarista, había formado un sindicato amarillo para contrarrestar la influencia marxista entre los trabajadores. El 9 de enero de 1905 convocó una manifestación de obreros que fue al Palacio de Invierno (residencia de Nicolás II) para entregarle una petición al soberano. El zar dio orden de abrir fuego y hubo más de mil muertos y unos cinco mil heridos, lo que dinamitó la confianza en el zar de amplias capas de la clase obrera rusa y marcó el comienzo de la revolución de 1905.

fracción”, con lo que se ven imposibilitados para comprender el verdadero proceso de formación del partido proletario en Rusia, partido que se va forjando en una lucha de muchos años contra los distintos tipos de oportunismo. De todas las “grandes” potencias que participan en esta guerra, sólo Rusia ha pasado en estos últimos años por una revolución. El contenido burgués de esta revolución, en la que el proletariado desempeñó un papel decisivo, no podía sino provocar una separación entre las tendencias burguesa y proletaria del movimiento obrero. Durante todo un período de unos veinte años (de 1894 a 1914), en el que la socialdemocracia rusa ha existido como una organización vinculada al movimiento obrero de masas (y no sólo como la corriente ideológica que era en el período de 1883 a 1894), no ha cesado la lucha entre la corriente revolucionaria proletaria y la oportunista pequeñoburguesa. El economicismo⁶¹ de la época de 1894 a 1902 fue, sin duda, una corriente de este último tipo. Muchos argumentos y muchos rasgos de su ideología —la desfiguración *struvista* del marxismo, las referencias a las “masas” para justificar el oportunismo, etc.— recuerdan de manera asombrosa el actual marxismo envilecido de Kautsky, Cunow, Plejánov y demás. Para trazar un paralelo con el Kautsky actual, sería muy conveniente recordar a la actual generación de socialdemócratas los viejos *Rabóchaya Mysl* y *Rabócheie Dielo*.⁶²

El menchevismo del período siguiente (1903-1908) fue el continuador directo del economicismo, no sólo en el campo ideológico, sino también en el terreno organizativo. Durante la revolución rusa siguió una táctica que

61. Sector del POSDR que consideraba que el movimiento obrero debía limitarse a reivindicaciones económicas.

62. Periódicos economicistas rusos.

significaba objetivamente la supeditación del proletariado a la burguesía liberal y que era la expresión de las tendencias oportunistas pequeñoburguesas. Cuando en el período siguiente (1908-1914) el caudal principal de la corriente menchevique dio lugar al liquidacionismo⁶³, cuyo carácter de clase se hizo tan patente, que los mejores representantes del menchevismo protestaron constantemente contra la política del grupo aglutinado en torno al *Nasha Zariá*. Este grupo —el único que en los últimos cinco o seis años llevó a cabo entre las masas una labor sistemática *contra* el partido marxista revolucionario de la clase obrera— ¡se mostró como un grupo *socialchovinista* en la guerra de 1914-15! Y esto en un país donde la autocracia está viva, donde la revolución burguesa está lejos de haber terminado, donde el 43% de la población oprime a una mayoría constituida por naciones no rusas. El tipo “europeo” de desarrollo, donde ciertas capas de la pequeña burguesía, sobre todo los intelectuales, y una parte insignificante de la aristocracia obrera pueden “gozar” de los privilegios proporcionados por la condición “dominante” de “su” nación, tenía que repercutir en Rusia.

La clase obrera y el Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia han sido preparados por toda su historia para la táctica “internacionalista”, es decir, una táctica verdadera y consecuentemente revolucionaria.

* * *

63. Sector del POSDR que, en la época de reacción que siguió a la derrota de 1905, abogó porque el partido abandonase la lucha ilegal y se limitase a la legal.

P.S. Este artículo estaba ya en caja cuando apareció en la prensa el “manifiesto” escrito por Kautsky y Haase en comandita con Bernstein.⁶⁴ Estos señores han visto que las masas se radicalizan y están dispuestos a “reconciliarse” con la izquierda, a condición, claro está, de mantener la “paz” con los Südekum. ¡Auténticas *Mädchen für alle!*

64. Se trata del manifiesto *Contra las anexiones*, suscrito por E. Bernstein, H. Haase y K. Kautsky.

EL OPORTUNISMO Y LA BANCARROTA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL

Es aleccionador comparar la actitud de las distintas clases y partidos ante la bancarrota de la Internacional manifestada por la guerra de 1914-15. Por una parte, la burguesía ensalza y pone por las nubes a los socialistas que propugnan “la defensa de la patria”, es decir, que están a favor de la guerra y de ayudar a la burguesía. Por otra parte, los representantes más sinceros o menos diplomáticos de la burguesía se regocijan de la bancarrota de la Internacional, de la pérdida de las “ilusiones” en el socialismo. Entre los socialistas “defensores de la patria” se registran esos dos mismos matices: los “extremistas”, como los alemanes G. Kolb y W. Heine, reconocen la bancarrota de la Internacional, achacan las culpas a las “ilusiones revolucionarias” y procuran reconstituir una Internacional *todavía más* oportunista. Pero, en la práctica, coinciden con los “moderados” y prudentes socialistas “defensores de la patria” del tipo de Kautsky, Renaudel y Vandervelde, que se obstinan en negar la bancarrota de la Internacional, que creen que sólo está en suspenso temporalmente y abogan por la vitalidad y el derecho a la existencia precisamente de la Segunda Internacional. Los socialdemócratas revolucionarios de los distintos países reconocen la bancarrota de la Segunda Internacional y la necesidad de fundar la Tercera.

Para ver quién tiene razón, tomemos un documento histórico referido justamente a la guerra actual y firmado unánime y oficialmente por *todos* los partidos socialistas

del mundo. Este documento es el manifiesto de Basilea de 1912. Es de notar que, en teoría, ningún socialista se atreverá a negar la necesidad de emitir una evaluación histórica concreta de cada guerra por separado. Pero hoy no hay nadie, excepto los escasos socialdemócratas “izquierdistas”, que se atreva a retractarse directa, abierta y concretamente del manifiesto de Basilea y declararlo erróneo, así como a analizarlo a fondo y comparar sus planteamientos con la conducta de los socialistas tras el comienzo de la guerra.

¿Por qué? Pues porque el manifiesto de Basilea denuncia sin piedad toda la falacia de los razonamientos y de la conducta de la mayoría de los socialistas oficiales. ¡Este manifiesto no dice *ni una sola palabra* sobre la “defensa de la patria” ni sobre la diferencia entre una guerra ofensiva y una guerra defensiva!

Ni una sola palabra sobre lo que más hablan, gritan y claman los jefes oficiales de la socialdemocracia, tanto de Alemania como de la Cuádruple Entente⁶⁵. El manifiesto de Basilea enjuicia con exactitud, claridad y determinación completas justamente los conflictos concretos de intereses que en 1912 llevaban a la guerra y que en 1914 la desencadenaron. El manifiesto dice que estos conflictos brotan del terreno del “imperialismo capitalista”, que los conflictos entre Austria y Rusia son por la “preponderancia en los Balcanes”; que los conflictos entre Gran Bretaña, Francia y Alemania proceden de su “política de conquistas en Asia Menor” (¡de *todos* ellos!); que los conflictos entre Austria e Italia se deben a la propensión a “incluir a Albania en su esfera de influencia” y a someterla a su “dominación”; que los conflictos entre Gran Bretaña y Alemania son debidos

65. Nombre que recibió la Triple Entente tras la incorporación de Italia en 1915.

a su “antagonismo” general y, luego, a “los atentados del zarismo contra Armenia, Constantinopla, etc.”. Todo el mundo ve que eso se refiere por entero precisamente a la guerra actual. El franco carácter de conquista, imperialista, reaccionario y avasallador de esta guerra está reconocido con meridiana claridad en el manifiesto, que ha hecho una deducción ineludible: la guerra no puede “justificarse con la mínima excusa de interés popular de ninguna índole”, la guerra se está preparando “en aras de las ganancias de los capitalistas y de ambiciones dinásticas”; por parte de los obreros “será un crimen disparar los unos contra los otros”.

Estos planteamientos contienen todo lo esencial que se precisa para comprender la diferencia cardinal existente entre dos grandes épocas de la historia. Una, la de 1789-1871, cuando las guerras en Europa estaban indudablemente relacionadas, en la mayoría de los casos, con *importantes* “intereses populares”, a saber: con los poderosísimos movimientos progresistas burgueses y de liberación nacional que abarcaban a millones, con la destrucción del feudalismo, el absolutismo y la opresión extranjera. En este terreno, y sólo en él, surgió el concepto de “defensa de la patria”, defensa de la nación burguesa que se emancipaba contra el medievo. Sólo *en este sentido* aceptaban los socialistas la “defensa de la patria”. Y todavía hoy se puede aceptar *en este sentido*, por ejemplo, la defensa de Persia o China contra Rusia o Gran Bretaña, de Turquía contra Alemania o Rusia, de Albania contra Austria, Italia, etc.

La guerra de 1914-15, como dice con claridad el manifiesto de Basilea, pertenece a una época histórica completamente distinta, presenta un carácter totalmente diferente. Es una guerra entre bandidos por el reparto del botín, por la dominación de otros países. La victoria de Rusia, Gran Bretaña y Francia será la asfixia de Armenia, Asia

Menor, etc., lo cual *está dicho* en el manifiesto de Basilea. La victoria de Alemania será la asfixia de Asia Menor, Serbia, Albania, etc. ¡Eso *está dicho* allí mismo y reconocido por todos los socialistas! ¡Son falsas, hipócritas y carecen de sentido todas las frases que se digan sobre la guerra defensiva o la defensa de la patria por parte de las grandes potencias (léase grandes bandoleros) que se batan por dominar el mundo, por conquistar mercados y “esferas de influencia”, por sojuzgar a otros pueblos! No tiene nada de extraño que los “socialistas” que admiten la defensa de la patria *teman* recordar y citar con exactitud el manifiesto de Basilea, ya que este *descubre* su hipocresía. El manifiesto de Basilea *demuestra* que los socialistas que apoyan la “defensa de la patria” en la guerra de 1914-15 son socialistas sólo de palabra, pero patrioterros de hecho. Son socialchovinistas.

De reconocer que la guerra está relacionada con la liberación nacional se desprende una táctica de los socialistas. De admitir que la guerra es imperialista, que es una guerra de conquista y rapiña, se desprende una táctica diferente. El manifiesto de Basilea ha trazado claramente esta segunda táctica. La guerra provocará una “crisis económica y política”, dice. Esta crisis hay que “utilizarla” para “acelerar la caída de la dominación del capital”: en estas palabras *se reconoce* que la revolución social *ha madurado*, que *es posible hacerla*, que *estallará* con motivo de la guerra. “Las clases dominantes” temen “la revolución proletaria”, dice el manifiesto en alusión directa a los ejemplos de la Comuna de París y del año 1905, es decir, a los ejemplos de revoluciones, huelgas y guerra civil. Mienten quienes dicen que los socialistas “no han debatido” ni “decidido” su actitud ante la guerra. El manifiesto de Basilea *decidió* una táctica: la táctica de las acciones revolucionarias del proletariado y de la guerra civil.

Sería un error creer que el manifiesto de Basilea es una perorata hueca, una frase oficial, una amenaza gratuita. ¡Así pueden hablar quienes se ven descubiertos por dicho manifiesto! ¡Pero eso no es verdad! El manifiesto de Basilea es un resumen de gigantescos datos de propaganda y agitación de todo el período de existencia de la Segunda Internacional, desde 1889 hasta 1914. Este manifiesto *resu-me*, sin exagerar, *millones y millones* de proclamas, artículos periodísticos, libros y discursos de socialistas de todos los países. Declarar erróneo este manifiesto es declarar errónea toda la Segunda Internacional, toda la labor de décadas y décadas de los partidos socialdemócratas. Desentenderse del manifiesto de Basilea significa desentenderse de toda la historia del socialismo. El manifiesto de Basilea no dice nada de *particular*, nada *extraordinario*. Única y exclusivamente proporciona *lo que* permitió a los socialistas *dirigir a las masas*: el reconocimiento del trabajo “pacífico” como *preparación* para la revolución proletaria. El manifiesto de Basilea repitió lo dicho por Guesde en el congreso de 1899, burlándose de los socialistas ministerialistas *en caso de guerra por los mercados: brigandages capitalistes** (*En Garde!*, pp. 175-176), o lo dicho por Kautsky en *El camino al poder* (1909), indicando el fin de la “época pacífica”, el comienzo de la época de guerras y revoluciones, de la lucha del proletariado por el poder.

El manifiesto de Basilea demuestra de manera irrefutable la completa *traición* al socialismo de los socialistas que votaron a favor de los créditos de guerra, que entraron en el gobierno y que reconocieron la defensa de la patria en 1914-15. La traición es indiscutible. Sólo los hipócritas pueden negarla. El problema estriba en cómo *explicarla*.

* “Bandidajes capitalistas”.

Sería absurdo, anticientífico y ridículo reducirlo todo a *personalidades*, a Kautsky, Guesde, Plejánov (¡“incluso” a gentes como estas!). Es un subterfugio lamentable. Una explicación sería requiere analizar, en primer lugar, la importancia *económica* de la política actual, luego, sus *ideas* fundamentales y, por último, estudiar la historia de las *corrientes* del socialismo.

¿Cuál es el trasfondo *económico* de la “defensa de la patria” en la guerra de 1914-15? La respuesta se da ya en el manifiesto de Basilea. La guerra la hacen *todas* las grandes potencias por la expropiación y el reparto del mundo, por los mercados, por la dominación de los pueblos. A la burguesía esto le proporciona un aumento de los beneficios; a un pequeño sector de la burocracia y la aristocracia obreras, y también a la pequeña burguesía (intelectuales, etc.) “adherida” al movimiento obrero, le promete *migajas* de esos beneficios. La base económica del “socialchovinismo” (este término es más exacto que el de socialpatriotismo, pues este último adorna el mal) y del oportunismo es la misma: la alianza entre un sector insignificante de las “alturas” del movimiento obrero y “su” burguesía nacional *contra* las masas del proletariado. La alianza de los *lacayos* de la burguesía con la burguesía *contra* la *clase* explotada por la burguesía. El socialchovinismo es el oportunismo consumado.

El contenido *político* del socialchovinismo y del oportunismo es el mismo: colaboración de clases, renuncia a la dictadura del proletariado y a las acciones revolucionarias, postración ante la legalidad burguesa, desconfianza en el proletariado y confianza en la burguesía. Las ideas políticas son las mismas, como lo es el contenido político de su táctica. El socialchovinismo es la continuación directa y la culminación del millerandismo, del bernsteinianismo y de la política obrera liberal inglesa, su suma, su resumen, su resultado.

En toda la época de 1889 a 1914 vemos en el socialismo dos corrientes fundamentales: la oportunista y la revolucionaria. También hoy existen dos corrientes en el socialismo. Dejemos a un lado el método practicado por los embaucadores burgueses y oportunistas, que apelan a los *individuos*; tomemos las *tendencias* en toda una serie de países. Tomemos diez países europeos: Alemania, Gran Bretaña, Rusia, Italia, Holanda, Suecia, Bulgaria, Suiza, Bélgica y Francia. En los ocho primeros, la división entre la *corriente* oportunista y la revolucionaria coincide con la división entre socialchovinistas e internacionalistas revolucionarios. Los núcleos fundamentales del socialchovinismo, en el sentido social y político, son *Sozialistische Monatshefte* y Cía. en Alemania, los fabianos y el Partido Laborista en Gran Bretaña (el Partido Laborista Independiente formó un *bloque* con ellos, y en ese bloque es mucho mayor la influencia del socialchovinismo que en el Partido Socialista Británico, cuyas tres séptimas partes son internacionalistas, a saber, 66 frente a 84). *Nasha Zariá* y el Comité de Organización (y *Nashe Dielo*) en Rusia, el partido de Bissolati en Italia, el partido de Troelstra en Holanda, Branting y Cía. en Suecia, los *shiroki*⁶⁶ en Bulgaria, Greulich y su gente en Suiza. Precisamente entre los socialdemócratas revolucionarios de todos estos países se ha levantado ya una protesta más o menos violenta contra el socialchovinismo. La excepción son dos países de los diez, pero incluso en ellos los internacionalistas son débiles; no es que no haya internacionalistas, más bien se desconocen los hechos (Vaillant ha confesado que recibe cartas de internacionalistas, pero que no las ha publicado).

El socialchovinismo es el oportunismo consumado. Esto no tiene discusión. La alianza con la burguesía era ideológica,

66. Las dos corrientes del Partido Socialdemócrata Búlgaro: *shiroki* ("amplios"), la reformista, y *tesniaki* ("estrechos"), la revolucionaria.

secreta. Ahora está al desnudo, es manifiesta. Al socialchovinismo le ha dado fuerza precisamente la alianza con la burguesía y los estados mayores. Mienten quienes afirman (Kautsky incluido) que las “masas” proletarias han girado hacia el chovinismo; no han sido preguntadas en *ninguna parte* (excepto, quizás, en Italia, ¡donde hubo nueve meses de discusiones antes de la declaración de la guerra!, y donde las masas estuvieron contra el partido de Bissolati). Las masas estaban aturdidas, embrutecidas, desunidas y abrumadas por el estado de guerra. Votaron libremente *sólo* los dirigentes, ¡y lo hicieron *a favor* de la burguesía y en contra del proletariado! ¡Es ridículo y absurdo creer que el oportunismo es un fenómeno *interno* del partido! Todos los marxistas, tanto de Alemania como de Francia, etc., han dicho y demostrado siempre que el oportunismo es una manifestación de la influencia de la burguesía en el proletariado, es una política obrera burguesa, es la alianza de una parte insignificante de elementos aburguesados del proletariado con la burguesía. Y el oportunismo, que llevaba decenios madurando en el capitalismo “pacífico”, en 1914-15 estaba tan maduro que se demostró un aliado abierto de la burguesía. La unidad con el oportunismo es la unidad del proletariado con su burguesía nacional, es decir, su supeditación a ella, es la división de la clase obrera revolucionaria internacional. Esto no significa que se desee o, al menos, sea posible la escisión inmediata con los oportunistas en todos los países: significa que ha madurado en el plano histórico, que es inevitable y progresista, que es necesaria para la lucha revolucionaria del proletariado, que la historia, tras pasar del capitalismo “pacífico” al imperialismo, ha girado hacia esa escisión. *Volentem ducunt fata, nolentem trahunt*.*

* “A quien lo desea, lo lleva el destino; y a quien no, lo arrastra”.

Desde el comienzo de la guerra, la burguesía de todos los países, en primer lugar de los beligerantes, se ha unido para elogiar a los socialistas que aceptan la “defensa de la patria”, es decir, la defensa de los intereses ladronescos de la burguesía en la guerra imperialista *contra el proletariado*. Veamos cómo este interés fundamental y de lo más esencial de la burguesía internacional se abre camino y encuentra expresión *en el seno* de los partidos socialistas, *en el seno* del movimiento obrero. El ejemplo de Alemania es especialmente instructivo, ya que en este país la época de la Segunda Internacional creó el partido más fuerte; pero en otros países vemos total y enteramente *lo mismo* que en Alemania, con insignificantes diferencias de forma, aspecto y apariencia.

En abril de 1915, la revista conservadora alemana *Preussische Jahrbücher* insertó un artículo de un socialdemócrata, un miembro del Partido Socialdemócrata, quien se ocultó tras el seudónimo Monitor. Este oportunista dijo abiertamente la verdad sobre el *fondo* de la política de toda la burguesía mundial respecto al movimiento obrero del siglo XX: no se puede ni ignorarlo ni aplastarlo con la fuerza bruta, hay que corromperlo desde dentro, *comprando* a su cúspide. Así es cómo viene actuando desde hace decenios la burguesía anglo-francesa, comprando a los líderes sindicales, a los Millerand, Briand y Cía. Así es también cómo actúa ahora la burguesía alemana. El Partido Socialdemócrata Alemán — dice Monitor a la burguesía (en realidad, *en nombre* de la burguesía) — se comporta de manera “irreprochable” durante la guerra (es decir, *sirve* de manera irreprochable a la burguesía contra el proletariado). “El proceso regenerativo” del Partido Socialdemócrata en partido obrero nacional liberal sigue avanzando magníficamente. Pero sería *peligroso* para la burguesía que este partido se desviase hacia la *derecha*: “El carácter de un partido

obrero con ideales socialistas debe conservarse. Pues el día que renuncie a ello, surgirá otro partido nuevo que hará suyo el programa que el viejo partido abandonó y le dará una formulación más radical" (*Preussische Jahrbücher* nº 4, 1915, pp. 50-51).

Estas palabras expresan abiertamente lo que la burguesía ha hecho siempre y en todas partes a escondidas. Hacen falta *discursos* "radicales" para que las masas creen en ellos. Los oportunistas están dispuestos a repetirlos hipócritamente. Necesitan partidos *tales* como los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional porque esos partidos engendraron la defensa de la burguesía por los socialistas en la crisis de 1914-15. Los fabianos y los dirigentes liberales de los sindicatos británicos y los oportunistas y los jauresistas franceses siguen la misma política que el alemán Monitor. Monitor es un oportunista declarado y cínico.

Fijémonos en otro perfil, en el oportunista solapado u "honrado" (Engels dijo una vez, con razón, que los oportunistas "honrados" son los más peligrosos para el movimiento obrero). Un modelo de oportunista de este tipo es Kautsky.

En el número 9 de *Die Neue Zeit*, del 26 de noviembre de 1915, escribe que la mayoría del partido oficial infringe su programa (¡el propio Kautsky defendió la política de esta mayoría durante todo un año tras el comienzo de la guerra y justificó la falsedad de la "defensa de la patria"!). La oposición contra la mayoría aumenta (p. 272). "Después de haber comenzado la guerra [¿sólo después de haber comenzado la guerra?] (...) las contradicciones de clase se enconaron tanto que en las masas prevalecerá el radicalismo" (p. 272). "Después de haber comenzado la guerra [¿sólo después de haber comenzado la guerra?] (...) nos amenaza la huida de los elementos radicales del partido y

su rápida incorporación a la corriente de acciones de masas antiparlamentarias [debería haber dicho extraparlamentarias] (...) Así pues, nuestro partido está dividido en dos extremos que no tienen nada en común”.

Kautsky pretende personificar el “fiel de la balanza”, conciliar esos “dos extremos” que ¡“no tienen nada en común”! Ahora reconoce (dieciséis meses después de haber empezado la guerra) que las masas son revolucionarias. Y condenando al mismo tiempo las acciones revolucionarias, denominándolas “aventuras callejeras” (p. 272), quiere conciliar a las masas revolucionarias con los dirigentes oportunistas “que no tienen nada en común con ellas”; y conciliarlas, *¿en qué terreno?* ¡En el de los discursos! ¡¡En el de los discursos “izquierdistas” del grupo parlamentario “izquierdista” del Reichstag⁶⁷!! Que el grupo parlamentario condene, como Kautsky, las *acciones* revolucionarias, que las denomine *aventura*, pero que alimente a las masas con *discursos* izquierdistas, ¡¡y entonces en el partido habrá unidad y paz... con los Südekum, los Legien, los David y los Monitor!!

¡Es el mismo programa de Monitor, el programa de la burguesía, sólo que expresado en “tono bondadoso”, con “frases dulces”! Este programa lo ha aplicado también Wurm cuando, en la reunión del grupo parlamentario socialdemócrata del Reichstag del 18 de marzo de 1915, “*advirtió al grupo que no se sobrepasara; entre las masas obreras aumenta la oposición a la táctica del grupo parlamentario; hay que mantenerse en el centro marxista*” (pp. 6-7 de *¡Lucha de clase contra la guerra! Datos contra el ‘caso Liebknecht’*. Sin carácter oficial).

¡Adviértase que aquí se reconoce, en nombre de todo el “centro marxista” (incluido Kautsky), que las masas son

67. El parlamento alemán.

revolucionarias! Y eso, ¡¡¡el 18 de marzo de 1915!!! ¡¡Ocho meses y medio después, el 26 de noviembre de 1915, Kautsky propone que se tranquilice a las masas revolucionarias con discursos izquierdistas!!

¡¡El oportunismo de Kautsky se distingue del oportunismo de Monitor sólo de palabra, sólo de matiz, sólo por los modos de alcanzar el mismo fin: *mantener* la influencia de los oportunistas (es decir, de la burguesía) sobre las masas, *mantener* la *supeditación* del proletariado a los oportunistas (es decir, a la burguesía)!! Pannekoek y Gorter han tildado con mucha exactitud la postura de Kautsky de “radicalismo pasivo” (¡¡*verbiage**, como dicen los franceses, que han estudiado a las mil maravillas *esta* variedad de revolucionarismo en sus modelos “patrios”!!). Pero yo preferiría denominarlo oportunismo solapado, tímido, hipócrita y dulzón.

En realidad, ambas tendencias socialdemócratas no se distinguen ahora ni en las palabras ni en los discursos. ¡A la hora de unir la “defensa de la patria” (o sea, la defensa de las expoliaciones de la burguesía) con frases sobre el socialismo, el internacionalismo, la libertad de los pueblos, etc., Vandervelde, Renaudel, Sembat, Hyndman, Henderson y Lloyd George no son menos que Legien, Südekum, Kautsky y Haase! La verdadera diferencia comienza precisamente por negar rotundamente la defensa de la patria en esta guerra y por aceptar las acciones revolucionarias en relación con ella, *durante* y *después* de ella. Y en esta cuestión, la única seria y práctica, Kautsky, Kolb y Heine coinciden por completo.

Comparemos a los fabianos británicos con los kautskianos alemanes. Los primeros son cuasi liberales que nunca han aceptado el marxismo. Engels escribió de los

* Charlatanería.

fabianos el 18 de enero de 1893: “Son una pandilla de ambiciosos que han comprendido suficientemente que la revolución social es inevitable pero que en ningún caso desean confiar esta titánica tarea exclusivamente al inmaduro proletariado, y que por ello tienen la gentileza de ponerse a la cabeza. Su principio fundamental es el temor a la revolución”; y el 11 de noviembre de 1893: “estos altivos burgueses que graciosamente se dignan en emancipar al proletariado desde arriba, si es que este quiere comprender que tal masa gris e ignorante no puede emanciparse por sí misma ni conseguir nada sin la gracia de estos inteligentes abogados, de estos literatos y estas mujerucas sentimentales”.⁶⁸ ¡Qué lejos están de ellos los kautskianos con su “teoría”! ¡Pero en la práctica, en su actitud ante la guerra, unos y otros *coinciden por completo!*, prueba evidente de que todo el marxismo de los kautskianos se ha esfumado y se ha convertido en letra muerta, en fraseología hipócrita.

Los evidentes sofismas con que los kautskianos refutaban, tras haber comenzado la guerra, la táctica de la acción revolucionaria del proletariado, aprobada unánimemente por los socialistas en Basilea, pueden verse en los siguientes ejemplos. Kautsky expuso la teoría del “ultraimperialismo”, que él entendía como la sustitución de “la lucha entre los capitales financieros nacionales, por la explotación conjunta del mundo por el capital financiero unido a escala internacional” (*Die Neue Zeit*, nº 5, 30/4/1915, p. 144). Con la particularidad de que el propio Kautsky agregaba: ¡“Aún no hay suficientes premisas para ver si se puede alcanzar esa nueva fase del capitalismo”! Basándose en que la nueva fase “es concebible” (aunque el propio autor no se decide siquiera a declararla “realizable”), se niegan las

68. Véanse las cartas de Engels a F. A. Sorge, de 18 de enero y 11 de noviembre de 1893.

tareas revolucionarias del proletariado ahora, ¡en la *fase* de crisis y guerra que se sabe comenzada a ciencia cierta! Niega las acciones revolucionarias el mismo líder prestigioso de la Segunda Internacional que en 1909 escribió todo un libro titulado *El camino al poder*, traducido a casi todas las lenguas europeas principales, que demuestra el *nexo* existente entre la guerra que se avecinaba y la revolución, libro que demuestra ¡¡que la “revolución *no puede* ser prematura”!!

En 1909, Kautsky demostró que había pasado la época del capitalismo “pacífico”, que había llegado la época de las guerras y las revoluciones. En 1912, el manifiesto de Basilea basa toda la táctica de los partidos socialistas del mundo en esa misma opinión. En 1914 estalla la guerra, seguida por la “crisis económica y política” prevista en Stuttgart y Basilea. ¡Y en esta coyuntura Kautsky pone “objeciones” teóricas *contra* la táctica revolucionaria!

Con una fraseología algo más “izquierdista”, Axelrod expone las mismas ideas. Escribe en la libre Suiza y desea influir en los obreros revolucionarios rusos. En *La crisis y las tareas de la socialdemocracia internacional*, Zúrich, 1915) leemos un descubrimiento agradable para los oportunistas y los burgueses de todo el mundo, que “el problema de la internacionalización del movimiento obrero no es idéntico al de la radicalización de nuestras formas y métodos de lucha” (p. 37) y que “el centro de gravedad del problema de la internacionalización del movimiento proletario emancipador está en el desarrollo ulterior y en la internacionalización de esa misma práctica diaria” (p. 40) (...) “por ejemplo, la legislación de la protección del trabajo y del seguro (...) debe ser objeto de sus acciones y organizaciones internacionales [de los obreros]” (p. 39).

Por supuesto, no sólo los Südekum, los Legien, los Hyndman y los Vandervelde, ¡sino también los Lloyd George,

los Nauman y Briand aplauden por entero este “internacionalismo”! Axelrod defiende el internacionalismo de Kautsky sin aducir ni analizar un solo argumento suyo en defensa de la patria. Axelrod, al igual que los socialchovinistas francófilos, teme incluso recordar que el manifiesto de Basilea versa precisamente sobre táctica revolucionaria. Para el futuro, indeterminado y desconocido, Axelrod está dispuesto a lanzar las frases más izquierdistas y revolucionarias acerca de cómo la futura Internacional actuará: Actuará (contra los gobiernos en caso de peligro de guerra) “y levantará una tempestad revolucionaria (...) el prólogo de la revolución socialista” (p. 14). ¡¡Menos bromas!! Y cuando precisamente se trata de aplicar, aquí y ahora, durante la crisis actual, la táctica revolucionaria, Axelrod responde a lo Kautsky: La táctica de las “acciones revolucionarias de masas (...) tendría alguna justificación si nos encontrásemos directamente en vísperas de la revolución social, como ocurrió, por ejemplo, en Rusia, donde las manifestaciones estudiantiles de 1901 fueron precursoras de las batallas decisivas que se aproximaban contra el absolutismo” (pp. 40-41), y sigue tronando contra las *utopías*, el *bakuninismo*, ¡totalmente en el espíritu de Kolb, Heine, Südekum y Legien! Pero el ejemplo de Rusia desmascara con singular evidencia a Axelrod. De 1901 a 1905 transcurrieron cuatro años. Nadie pudo dar garantías en 1901 de que en Rusia la revolución (la primera contra el absolutismo) comenzaría al cabo de cuatro años. La misma situación hay en Europa ante la revolución social. Nadie puede garantizar que una revolución de este tipo comience dentro de cuatro años. Pero la situación revolucionaria *existe realmente*, fue predicha en 1912 y se dio en 1914. Las manifestaciones de obreros y población urbana hambrienta de Rusia y Alemania en 1914 anuncian batallas decisivas. El deber inmediato e insoslayable de los socialistas

es mantener y desarrollar estas manifestaciones y “acciones revolucionarias de masas” de todo género (huelgas económicas y políticas, agitación entre las tropas, hasta la insurrección y la guerra civil), darles consignas claras, crear una organización y unas publicaciones ilegales sin las que *no se puede* llamar a las masas a la revolución, ayudarles a comprenderla y organizarlas para la revolución. Así actuaron los socialdemócratas en Rusia en 1901 en vísperas de la revolución burguesa (que comenzó en 1905, pero que aún no ha acabado en 1915). Así es cómo están obligados a actuar los socialdemócratas europeos en 1914-15, “*en vísperas de la revolución socialista*”. Las revoluciones jamás nacen completamente acabadas, no salen de la cabeza de Júpiter, no estallan de golpe. Van siempre precedidas de un proceso de efervescencia, crisis, movimientos y conmociones, de comienzo de la revolución, con la particularidad de que este proceso *no siempre* se desarrolla hasta el final (por ejemplo, si la clase revolucionaria es débil). Axelrod se inventa pretextos para desviar a los socialdemócratas de su *deber* de contribuir a desarrollar los movimientos revolucionarios que ya despuntan en la presente situación revolucionaria. Axelrod defiende la táctica de David y de los fabianos, pero encubriendo su oportunismo con frases izquierdistas.

“Sería una locura querer convertir la guerra mundial en guerra civil” — escribe E. David, jefe de los oportunistas (*La socialdemocracia en la guerra mundial*, p. 172, Berlín 1915) —, objetando contra el manifiesto del Comité Central de nuestro partido, el Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia, publicado el 1 de noviembre de 1914, que había lanzado esa consigna, y añadiendo: “Por grandes que puedan parecer las dificultades de esta transformación en tal o cual momento, los socialistas jamás renunciarán a la labor preparatoria sistemática, pertinaz e incesante en esa

dirección, dado que la guerra es un hecho” (citado por el libro de David, p. 171.) Hagamos notar que, un mes antes de salir el libro de David (1 de mayo de 1915), nuestro partido publicó (en el *Sotsial-Demokrat* nº 40, del 29 de marzo) varias resoluciones sobre la guerra, que abogaban por dar pasos constantes encaminados a transformar la guerra imperialista en guerra civil, pasos que se definían así: 1) negativa a apoyar los créditos de guerra, etc.; 2) ruptura de la paz social; 3) creación de una organización clandestina; 4) apoyo a la confraternización de los soldados en las trincheras; 5) apoyo en general a toda clase de acciones revolucionarias de masas del proletariado.

¡Oh, valiente David! En 1912 no le parecía “demencial” apelar al ejemplo de la Comuna de París. En 1914 hace coro a la burguesía, clamando: ¡“Es una locura”!

Plejánov, representante típico de los socialchovinistas de la Cuádruple Entente, ha emitido un juicio sobre la táctica revolucionaria totalmente acorde con el de David. Ha dicho que la idea de...*

* * *

... justamente la *víspera* de la revolución social, de la que pueden transcurrir cuatro y más años hasta las *batallas decisivas*. Estos son precisamente los comienzos — débiles todavía, pero comienzos al fin y al cabo — “de la revolución proletaria” de la que se habló en Basilea y que *jamás* será fuerte de pronto, sino que pasará inevitablemente por fases de relativamente *débiles* comienzos.

Apoyo para desarrollar, ampliar e intensificar las acciones revolucionarias de masas y el movimiento revolucionario.

* Aquí se interrumpe el manuscrito. El texto que sigue se tomó de la página incompleta (falta el comienzo) que se conserva.

Creación de una organización clandestina para hacer propaganda y agitación en este sentido, para ayudar a las masas a comprender el movimiento y sus tareas, sus medios y sus fines. A estos dos puntos se reduce indefectiblemente cualquier programa de actuación práctica de la socialdemocracia durante esta guerra. Todo lo demás es fraseología oportunista y contrarrevolucionaria, por mucho que se embellezca con los subterfugios más izquierdistas, pseudomarxistas y pacifistas.

Y si nos objetan, como suelen hacer los acérrimos de la Segunda Internacional: “¡Oh! ¡Esos métodos ‘rusos!’”,⁶⁹ responderemos con una simple invocación a los hechos. En Berlín, el 30 de octubre de 1915 unos cientos de mujeres se manifestaron ante el *Parteivorstand*,⁷⁰ al que a través de una comisión le dijeron: “Hoy, con un gran aparato organizativo, repartir octavillas y folletos clandestinos y celebrar reuniones prohibidas sería más fácil que durante los tiempos de la ley de excepción contra los socialistas. No se nota escasez de medios ni vías, pero evidentemente falta voluntad” (*Berner Tagwacht*, nº 271. El subrayado es mío).

Seguro que esas trabajadoras berlinesas están desorientadas por el manifiesto “bakuninista” y “aventurero”, “secuario” (véase Kolb y Cía.) y “demencial”, del comité central del partido ruso del 1 de noviembre.

69. “Las tácticas rusas”, capítulo 8 del libro de E. David.

70. Sede de la comisión ejecutiva del SPD.

La bancarrota de la Segunda Internacional se ha manifestado con la máxima evidencia en la flagrante traición cometida por la mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales de Europa contra sus convicciones y contra sus solemnes resoluciones de Stuttgart y de Basilea. Pero esta bancarrota, que representa el pleno triunfo del oportunismo, la transformación de los partidos socialdemócratas en partidos obreros nacional-liberales, no es más que el resultado de toda la época histórica de la Segunda Internacional, la época de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Las condiciones objetivas de esta época de transición, que marca el paso de la culminación de las revoluciones burguesas y nacionales en Europa Occidental al comienzo de las revoluciones socialistas, fueron las que engendraron y alimentaron el oportunismo.

(La bancarrota de la Segunda Internacional)

El contenido político del socialchovinismo y del oportunismo es el mismo: colaboración de clases, renuncia a la dictadura del proletariado y a las acciones revolucionarias, postración ante la legalidad burguesa, desconfianza en el proletariado y confianza en la burguesía.

(El oportunismo y la bancarrota de la Segunda Internacional)

V. I. Lenin

ISBN: 978-84-96276-95-6



FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS